



DECRETOS DE DIOS.

Drama en tres actos y un prólogo, en prosa, original de D. Antonio Malli, para representarse en Madrid el año de 1855.

PERSONAS.

LUCIA DE SANDOVAL.	RODRIGO TOVAR.
ELVIRA.	FERNANDO.
SOL.	ALONSO COTO.
PERO SARMIENTO.	UN OBRERO.
MARCOS GARCIA.	DOS CRIADOS.
DON DIEGO TORANZOS.	
<i>Caballeros, Guardias, Pueblo, Labradores.</i>	

La accion del prólogo es en una granja, á cuatro leguas de Valladolid, en el año 1429, y la del drama en Toledo en 1449, reinando don Juan II.

PROLOGO.

Una sala baja en la granja de Tovar. Muebles rústicos. Dos puertas laterales y una al fondo, por la que se ve el campo.

ESCENA PRIMERA.

GARCIA.

Nadie? Debe hallarse en casa... Es necesario que le aleje de aqui cuanto antes. Don Diego me espera á corto trecho para entrar en esta granja. Sarmiento sale...

ESCENA II.

GARCIA, PERO SARMIENTO.

SAR. Garcia! Con cuánta impaciencia os he esperado hoy!
GAR. No me ha sido posible salir antes de Valladolid.
SAR. Venis de la corte?
GAR. En este instante acabo de llegar. Mi caballo está á la puerta, bañado en sudor.
SAR. Y me traeis alguna nueva favorable?
GAR. No son adversas las que he adquirido esta mañana. Segun me afirmó un amigo que vino á visitarme, y que asiste muy de cerca á nuestro rey y señor don Juan segundo, tan de cerca como lo puede permitir

la insipicacia del favorito don Alvaro de Luna, tal vez antes de que se oculte el sol, se hallen pruebas auténticas que puedan justificaros.

SAR. Será cierto?... Ah! No me engañeis.

GAR. Os consta, hace dos meses, que soy vuestro mejor amigo, y que lie hecho por vos cuanto en mi mano ha estado.

SAR. Y yo os vivo agradecido.

GAR. Dejaos de eso, Sarmiento, y vamos á lo que interesa. Es necesario que partais al momento á Valladolid, y entreis con precaucion, como lo habeis hecho otras veces: penetrad en mi casa, que como sabeis está pegada al muro; alli mi escudero Lope os informará de lo que hacer debeis para hallar las pruebas escritas que necesitais.

SAR. Quiera el cielo poner término á mis desdichas.

GAR. Si lo querrá: muy pronto podreis levantar altanero la frente y salir de estos lugares. Yo torno sin tardanza á la corte, porque mi ausencia pudiera escitar sospechas. Llegaré antes que vos, y como siempre trabajaré sin descanso en favor vuestro.

SAR. Garcia, si puedo recompensar, como merece, vuestro celo en mas felices horas, no dudeis que sabré demostraros toda la gratitud de que está poseido mi corazon!

GAR. En el mio está la recompensa de lo que en favor de un amigo haya podido hacer hasta aqui. Adios. Sarmiento, él quiera que muy en breve pueda devolveros la felicidad que os arrancó un infame. (vase.)

ESCENA III.

SARMIENTO, luego LUCIA.

SAR. Ah! Quién me hubiera dicho jamás que pudiera llegar un dia en que me viese desterrado y proscrito; acusado de un crimen horrible; sin patria y sin honor?... Sin honor! El ídolo á quien todo lo he sacrificado siempre!

LUC. (saliendo.) Querido esposo! Si no me equivoco, Marcos Garcia ha estado aqui.

SAR. Acaba de marchar.

LUC. Y te hallaras pronto restituído á tu antiguo esplendor?

SAR. Me ha dado esperanzas muy albagueñas, y debo partir ahora mismo á la corte.

LUC. Las mugeres somos suspicaces y recelosas; no te estrañen mis ideas, Sarmiento; ese García me infunde desconfianza y sospecho de su buena fé.

SAR. La desgracia suele hacernos injustos, amada Lucía; yo veo en él un amigo sincero.

LUC. Una idea sinistra me persigue constante desde que te vi envuelto en la infame calumnia que puso tu vida en peligro.

SAR. Y cual?

LUC. La de que es obra suya nuestra desgracia.

SAR. Desecha ese pensamiento, Lucía! Deséchalo; es demasiado absurdo.

LUC. No tanto. Recuerda las circunstancias que hicieron de ti una víctima. García te acosaba sin cesar para que lograses del monarca la admisión en su cámara como gentil-hombre; si tú entrastes en el aposento del rey, en el instante que un asesino levantaba un puñal regida sobre su cabeza, fué instigado por el mismo García que te aseguró ser la hora oportuna de conseguir lo que hacia tanto tiempo anhelaba.

SAR. Y tú recelas?..

LUC. Que el haber demorado que obtuviese esa gracia, tal vez sea el motivo de que por vengarse García, creyendo que rehusabas mediar en su favor, haya hecho recaer en ti la horrenda nota de regida, y la cólera de don Juan.

SAR. Cierito es cuanto acabas de referir. García me habia suplicado que lograse del monarca tal merced, pero aunque varias veces habia intentado hablarle con ese objeto, no pude conseguirlo porque don Alvaro no le abandona nunca. Aquel día, fatal para mí, García me aseguró que la ocasion era propicia porque se hallaba solo el rey: penetré en su estancia y vi un hombre enmascarado que alzaba un puñal sobre su cabeza; el monarca da un grito y cae en un sillón... Yo aterrado quedé sin movimiento, juzgando ser presa de una pesadilla espantosa, y cuando los guardias entraron en la cámara real me hallaron solo y confundido, y vieron un puñal á mis pies, que sin duda dejó caer el regida al huir, sin que yo advirtiese por donde.

LUC. Pues bien! Ese misterioso suceso, no parece nacido de una tenebrosa maquinacion y no hijo de una casualidad?

SAR. No; nunca puedo creer autor de una trama tan vil á García. Si él lo hubiese sido, no consideras que no habria despues facilitado mi fuga de la prision, ni me hubiera protegido, con tanto riesgo suyo, ocultandome en su propia casa dos días, y trabajando en pro mia dos meses?

LUC. A pesar de todo, dudo de la sinceridad de ese hombre.

SAR. Es preciso que seas mas justa, mi buena Lucía: confia en el Eterno, que nunca abandona á la inocencia... el no puede querer que el deshonor que me mancha, teraiga sobre nuestro inocente hijo, que apenas cuenta dos años.

LUC. Si... tienes razon!

SAR. Voy á verte antes de partir; sus caricias me dan aliento y confianza.

LUC. Temo que en una de tus escursiones á Valladolid, te descubran y pierda mi único apoyo en el mundo.

SAR. Nada temes, sé precaverme de todo riesgo. Quién ha de descubrirme bajo este traje? Hasta despues, esposa mia. (cabe.)

ESCENA IV.

LUCÍA, luego ELVIRA.

LUC. Qué triste situacion! Siempre luchando con temores... siempre creyendo próximo el instante anhelado del trunfo, y viéndole alejar cada vez mas... Ah! Quiera Dios poner un pronto término á estado tan cruel!

ELV. Y mi hermano? (saliendo.)

LUC. Ha ido á abrazar á nuestro Enrique antes de partir a la corte; hoy ha concebido esperanzas de hallarlo que hasta aquí ha buscado vanamente.

ELV. Dos meses luce que trata ansioso de encontrar una prueba que le vindique á los ojos del soberano, pero todos sus pasos han sido inútiles... Ni un indicio que dé á conocer al verdadero regida. Mas en medio de tal angustia, debemos dar gracias á Dios que le ha salvado de una muerte segura, librándole de una prision, de la que hubiera salido para el cadalso.

LUC. Sus jueces se hallan convencidos de su inocencia, porque conocen su provida y su adhesion al soberano; sus respuestas en los interrogatorios que ha sufrido, alejan de él la responsabilidad... pero exigen una prueba que denuncie el autor de tan nefando crimen, para publicar su inocencia.

ELV. Y siendo así, por qué huyó de la prision, haciéndose culpable con la fuga á los ojos de los que le creian inocente?

LUC. El condestable quiso apresurar el fallo de su causa, y para dar un público escarmiento, hacer caer la cabeza del regida en la plaza de Valladolid. En tal conflicto, aceptó la huida que García previno, para sustraerse á una muerte inevitable, y poder, á favor del incógnito, buscar esa prueba que debe darnos la tranquilidad y la dicha. Para vivir ignorados, un fiel servidor de la familia de mi esposo, que nos siguió á la corte hace cuatro años desde Toledo nuestra patria, nos ofreció esta granja á cuatro leguas de Valladolid, para que en ella pasásemos por criados suyos de labranza, alejando de este modo toda sospecha de nosotros.

ELV. El buen Tovar no ha desmentido nunca el afecto que profesa á nuestra familia.

LUC. Ojalá nunca hubiese accedido mi esposo á las reiteradas instancias del rey, cuando por ausencia de don Alvaro, que se hallaba en la guerra, le mandó llamar á su corte, para que le diese un apoyo en su aislamiento, y le auxiliase con sus consejos, que decia apreciaba en mucho.

ELV. Como que nunca podrá olvidar los inmensos servicios que debe á nuestro padre; que murió sirviendo de escudo á su persona. Por eso dice que le es mas sensible la traicion; porque viene de manos de un Sarmiento, de quien jamás hubiera imaginado que sirviese de torpe instrumento al rey de Aragon en contra suya.

LUC. Es cierto, Elvira, sospechan que el que atentó á su vida fué mandado por el aragonés.

ELV. Quizá sea esa la sola verdad del hecho de que somos víctimas. Si; porque yo tambien abandoné la pacífica morada del claustro para seguir aquí á mi hermano, y llorar mi desgracia al par de la suya!.. No parece sino que el cielo ha lanzado sus iras sobre esta familia desventurada!

LUC. Y bien, amada Elvira; no ignoras que las penas son menores cuando se depositan en el seno de la amistad, y yo mas que amiga soy para ti una hermana amorosa. Solo me has confiado una parte de tu

secreto. Quiero saber los pormenores de la traicion inicua que te ha sumido en el dolor.

ELV. Tienes razon, Lucia. Oyeme, y compadece mi desventura. Hacia un año que vivia en la calma y la felicidad, en el convento en que mi hermano quiso que acabase mi educacion, a su llegada á Valladolid. Feliz en medio de aquella soledad, únicamente tuve una amiga, á quien di entre todas la preferencia, por su candor y sus virtudes: mi amada Elena tenia un deudo que iba á menudo á visitarla, y en todas sus entrevistas me hallaba yo presente. Al cabo de algun tiempo me declaró su amor, y mi alma, agena hasta entonces á los encantos de esa pasion, subyugada por las palabras falaces y alhagueñas de aquel hombre, correspondió con candidez á un sentimiento que la ofrecia un porvenir delicioso. Asi continuó engañando mi inesperienza, y hablándome ante mi amiga muchos meses, la que vió en nuestro futuro enlace una série no interrumpida de venturas, y me alentaba á creer en las ofertas de aquel hombre; el infame decia que seria mi esposo tan luego como consiguiese un proyecto, del que aseguraba depender su porvenir.

LUC. Cobarde villanía!

ELV. La desgraciada Elena cayó mortalmente enferma, y yo no me separaba un momento de su lado; su deudo logró un permiso para penetrar á verla, y aquel permiso fué mi perdicion, porque el pérfido abusó indignamente del cariño que supo inspirarme. Elena espiró en mis brazos, y él no puso mas la planta en el sagrado asilo que profanó con tanta torpeza. Esta es, mi amada Lucia, la desgracia en que me hallo envuelta, y que agolpa sin cesar las lágrimas á mis ojos.

LUC. Lloro, Elvira, sin temor alguno; el llanto dá consuelo á las almas afligidas. Mas no te desesperes; hay un Dios justo que castiga al delincuente, y dá amparo al que sufre.

ELV. Pero y si mi hermano llega á descubrir este secreto?... Si á la deshonra que lamenta, une algun dia la que su hermana ha estampado en su nombre, cuál sera su dolor, y cuál su ira contra la que ha arrojado al lodo el ilustre blason de su estirpe?

LUC. Nada temas, hermana; este secreto lo ignorará hasta el dia que puedas hallar á tu seductor.

ELV. Para ocultarlo á sus ojos, el inocente fruto de mi falta, mi hija adorada, mi Sol, está en una alqueria inmediata, al cuidado de una pobre muger, que la hace pasar por su hija. Infeliz criatura! Condenada á la vergüenza desde el nacimiento, y á verse privada de los halagos de una madre...

LUC. Y tú ignoras el nombre del cobarde que te ultrajó?

ELV. Solo me dijo que se llamaba Alfonso de Zúñiga.

LUC. Pues bien, confiemos en la Providencia! Si algun dia podemos volver á la corte, libres de la imputacion espantosa que pesa sobre tu hermano, tal vez consigamos encontrar á ese hombre, y obligarle á que repare públicamente su traicion. Ah! Yo tambien, Elvira, tengo pesares que oprimen mi pecho. Tambien un noble atrevido, y cuyo nombre ignoro, ha usado en Valladolid hablarme de su amor; y á pesar de nuestra fuga á esta granja, en medio del mayor sigilo, ha descubierto, no sé cómo, nuestra morada, y varias veces ha venido ya á importunarme con las protestas de una pasion que me horroriza.

ELV. Es posible?

LUC. Juzga cuál será mi conflicto, teniendo que sufrir sus persecuciones y escuchar sus odiosas palabras,

que hacen brotar la indignacion á mis mejillas, por, que recelo que una repulsa, sea la causa de la perdicion de mi esposo.

ELV. Pues qué, ese hombre?..

LUC. Me amenaza con indicar al rey el paradero de Sarmiento, en cuanto pierda las esperanzas de conseguir que corresponda á su amor.

ELV. Gran Dios!

LUC. Esta idea me hace temblar! Aun cuando sufra el mayor tormento, soportaré pacientemente sus infames propuestas, hasta el dia en que vindicado mi esposo, pueda humillarle con mis desprecios.

ELV. Por todas partes deshonor! Por todas partes desventuras!

LUC. Ven, sígueme, Elvira; vamos á pedir al Eterno que nos dé fuerzas para sufrir!

ELV. Y que aplaque cuanto antes el rigor con que nos abruma! (*vase.*)

ESCENA V.

GARCIA, TORANZOS.

GAR. Está sola la estancia... Sarmiento habrá marchado ya. Entrad, señor, y no receleis.

TOR. Ha partido ya?

GAR. Yo le aseguré que su presencia era necesaria en la corte, y que de su prontitud en partir pendia su fortuna. Ya debe hallarse lejos de esta granja, y las mugeres estarán solas.

TOR. Tú no sabes, Garcia, cuanto es el amor que me inspira la esposa de Sarmiento; él me ha impulsado á que haga recaer mi crimen sobre ese hombre... y debo darte gracias por la ayuda que me has prestado para ello.

GAR. Ya veis que por serviros sacrificio la amistad.

TOR. Y tú no ignoras, que por tal sacrificio obtendrás un condado, si nuestro plan se realiza y sale vencedor el rey aragonés de su enemigo don Juan segundo; y aunque la muerte del último no se ha logrado, hoy mismo he remitido una carta á Aragon, participando lo ocurrido, y que nadie sospecha de mí, por lo cual puedo entretener á don Juan, para que aprovechando la indolencia con que don Alvaro se duerme en la corte sobre los laureles de sus anteriores victorias, introduzca su ejército en Castilla, y se apodere por sorpresa de Valladolid.

GAR. Y esa carta?

TOR. Mi escudero Ferrando, hombre diestro y leal, ha partido esta mañana antes de amanecer; con encargo de llevarla á Aragon por senderos estraviados. Conque buen ánimo, Garcia, porque tal vez muy pronto ornarás tu frente con una corona de conde.

GAR. Esa esperanza seductora es la que me obliga á ser vuestro instrumento; seducido por ella, cumplí vuestro encargo de hacer penetrar á Sarmiento en la cámara real, al mismo tiempo que vos contrabais tambien por la puerta secreta.

TOR. Puerta de salvacion, pues ella me libró de ser descubierto. Mucho me costó saber aquella entrada oculta; que dá paso al cuarto de don Juan desde las habitaciones que ocupa en palacio don Alvaro de Luna, y que este mandó construir para entrar á observar las acciones del rey, sin que pudiese verle ningun servidor de palacio, con el fin de espiarle continuamente, y sorprender sus secretos mas intimos.

GAR. Y cómo descubristeis ese paso secreto?

TOR. Yo sospechaba su existencia hacia tiempo, porque habia visto varias veces aparecer á don Alvaro en la

cámara del rey, cual si fuese una sombra; me introduje en su estancia; espí sus pasos, y descubrí lo que tan útil había de serme. Logrado este objeto, tocé era preciso que en el momento que yo diese el golpe, hubiese en la estancia un hombre á quien hallasen, saliese bien ó mal el proyecto, para que la acusación recayese sobre él, y se alejasen de mí las sospechas. Desgraciadamente, me sorprendió don Juan, y tuve que huir por la puerta secreta, no sin tener antes la precaución de arrojar el puñal á los pies de Sarmiento, para que sirviese de prueba contra él.

GAR. Y el rey, os vió?

TOR. Cuando volvió el rostro hacía mí, ya había desaparecido; además, aunque me hubiese visto, llevaba una máscara.

GAR. Y Sarmiento?

TOR. Sarmiento aturdido no pudo observar por donde salté, y mucho menos sospecharlo, ignorando la salida secreta.

GAR. Y no os vió nadie al entrar ó al salir de las habitaciones de don Alvaro, para ganar el pasadizo oculto?

TOR. Ya tuve buen cuidado de que no se notase mi presencia allí: aquel día me creían todos de caza con mi servidumbre.

GAR. Y el puñal no puede descubrirlo?

TOR. No tiene señal alguna que pueda designar un dueño marcado.

GAR. Y queréis decirme, por qué no le habeis dejado subir al cadalso que le esperaba, y me encargásteis que facilitase su fuga?

TOR. Porque me repugnaba cometer un crimen inútil. Solo quería alejarle de Castilla para que su esposa sola y abandonada, accediese con mas facilidad á mis deseos.

GAR. Bien os burló, por cierto, en vuestros cálculos, porque desapareció con su esposo de Valladolid.

TOR. No sabes cuánto sufrí, mi cuál fué mi ira cuando me lo anunciaste; en aquellos ocho días crueles que ignoré su paradero, creí perder el juicio.

GAR. Pero yo, cumpliendo vuestros deseos, asedié á su escudero Rodrigo Tovar, engañándole hábilmente con que trabajaba sin descanso en favor de su dueño, y que tenía que darle nuevas que le harían triunfar de la calumnia que le mancillaba, y por fin logré me revelase, que se hallaba oculto con su familia en esta granja, disfrazados todos, y fingiéndose labradores suyos.

TOR. Dos meses hace que vengo aquí, casi diariamente, y procuro vencer de distintos modos la resistencia de esa muger, que ha borrado en mi corazón hasta el recuerdo de las demás, y nada he podido conseguir aun ni el ruego, ni las ofertas, ni las amenazas han bastado á seducirla... pero hoy es el último día de lucha entre nosotros; ó accede á mis deseos, ó denuncio á su esposo, y le veré con júbilo subir al suplicio, en venganza de mi desprecio; mi amor es un torrente impetuoso, que arrastra en pos de sí cuanto se opone á su paso devastador.

GAR. Sois audaz, y la fortuna favorece siempre á los audaces.

TOR. Lucia se acerca; déjame solo, y vé á esperarme cerca de aquí, para volver juntos á la corte.

GAR. Os obedezco. Buena suerte, Toranzos.

ESCENA VI.

TORANZOS, luego LUCIA.

TOR. Es necesario que consiga al mismo tiempo que mi amor, el objeto único de mis deseos, por el que

tantos peligros he arrostrado con impavidez... ocupar el primer puesto del estado en Castilla! Y lo lograré al fin, si por mí medio triunfa el rey de Aragón.

LUC. Veamos si mi esposo puede salir sin ser visto.

TOR. Lucia! (*presentándose ante ella.*)

LUC. Gran Dios! (*retrocediendo aterrada.*)

TOR. Nunca podré vencer la antipatía que mi presencia os causa?

LUC. Nunca, no lo esperéis! Es inútil que me persigais con vuestro amor insensato. Ni honor está sin mancha, y sin ella le conservaré hasta el sepulcro!

TOR. Vos olvidáis, sin duda, que mi poder es grande, y que á impulsos de la pasión que abrasa mi pecho, puedo lanzarme en el camino de la venganza!

LUC. Y es de ese modo como imagináis conquistar el afecto de una muger?

TOR. Bien sabéis, Lucia, que no es ese mi pensamiento. Correspondeis, señora, á esta llama que me consume, y en mí tendreis un siervo pronto siempre á ejecutar vuestro menor capricho. La pompa, el esplendor, haré que os rodee por do quiera, y ninguna muger en el mundo será tan dichosa como vos podéis serlo á mi lado.

LUC. Dichosa! Amarga burla! Juzgais que hay dicha en la deshonra para la que mira su honor como la joya mas preciada? Hay dicha nunca en medio de la desolación y del crimen? Dolor eterno, vergüenza y ludibrio recoge solamente la que falta sin pudor á su deber.

TOR. Pues bien! Sabed que me hallo resuelto á todo para poseeros; si la persuasión es insuficiente, la violencia me conducirá al triunfo... Dispongo de medios poderosos que os harán caer sin defensa en mis brazos.

LUC. Desechad pensamiento tan impio! Ya que no podéis hallar en mi correspondencia, sed generoso, y no turbeis la escasa paz que me ha dejado un vil calumniador.

TOR. Juzgais que puedo dominar esta pasión que me avasalla!.. No, no es posible! Nada me hará retroceder, mas que la muerte. Sola vos podéis volverme al sendero del bien; acceded á mi amor.

LUC. Jamás! Antes seré víctima de vuestro acero.

TOR. No, vuestra vida me es para mí sagrada. Pero ya que en vos no, pues desechais mi amor por vuestro esposo, en él me vengaré.

LUC. Dios eterno!

TOR. Pronto subirá al cadalso para espiar su crimen.

LUC. Es imposible que quien sienta latir un noble corazón en su pecho, abrigue tan odiosas ideas.

TOR. No me detienen vuestros dennestos.

LUC. Ni á mí me harán ceder vuestras amenazas! Ya que procedéis con vileza, sabré soportar noblemente la desgracia que lanceis sobre mí, y seré mas grande en el vencimiento que lo sereis vos en el triunfo.

TOR. Decidios, señora! Ni un día mas espero.

LUC. Haced lo que os plazca! Serena recibiré el golpe que me aniquile.

ESCENA VII.

TORANZOS, LUCIA, ELVIRA.

ELV. Lucia! Mi hermano se impacienta con tu tardanza porque el tiempo corre veloz. (*sin reparar en Toranzos.*)

TOR. (*reconociéndola.*) (Elvira! Cielo santo! Maldecido encuentro!)

LUC. Ya ves que un hombre impide su partida.

ELV. Un hombre! Acaso... (*le mira y le reconoce.*) Dios mío! El es! Zúñiga!

LUC. Zúñiga?

ELV. El pérfido que engañó mi credulidad.

LUC. Conque vos sois?.. (á Toranzos.)

TOR. Ignoro lo que quiere decir esa jóven; esta es la primera vez que la veo.

ELV. Malvado! Así te niegas á reconocerme? Has olvidado tan pronto las protestas de un amor fementido, con el que alucinaste mi corazón incauto?

TOR. Dónde y cuando he podido yo?..

ELV. En el convento de carmelitas, donde tu deuda Elena espiró en mis brazos.

TOR. Ni he estado jamás en ese convento, ni tengo ni he tenido deuda alguna.

ELV. Tu audacia me sorprende! Villano! Unes el perjurio á la impudencia!

TOR. Reportaos, señora!

LUC. Y vos os atreveis á jurar un amor eterno? Vos, que os valeis de la falsedad para sepultar á una jóven en el dolor y la ignominia! Vos queréis inspirar en otro pecho una pasión sublime!.. Miserable! Lo que únicamente podéis alcanzar de una muger, es la aversión y el desprecio!

TOR. Lucia! (*Sarmiento sale y escucha.*)

ELV. Eres un infame y un cobarde, sin corazón y sin honor! Un tigre, cuyos instintos sanguinarios espantan á la humanidad! Desconoces á la muger á quien has seducido, sin recordar que hay un lazo sagrado que te une á ella... que hay un objeto infeliz que se halla abandonado y á quien debes reconocer por hijo!

ESCENA VIII.

Los mismos, SARMIENTO.

SAR. Qué es lo que escucho? Elvira!

LUC. Esposo!..

ELV. Sarmiento!..

TOR. (Audacia, ó soy perdido!)

SAR. Es cierto lo que acabo de oír? (*á Elvira.*)

ELV. Perdon! Perdon, hermano mio!

SAR. Aparta, desgraciada! Esta nueva afrenta me estaba reservada! Y tú debías estamparla en mi nombre? Y vos, miserable, que habeis ultrajado torpemente á mi hermana, preparaos á reparar vuestro crimen, ó á darine en cambio vuestra impura sangre.

TOR. Cruzar con vos mi espada?... Habeis podido abrigar tan absurdo pensamiento?

SAR. Qué decís?

TOR. Que mi noble espada no puede jamás cruzarse con la de un regicida.

SAR. Ah! Esa palabra causará tu muerte: porque no saldrás con vida de este sitio; yo sabré obligarte á medir conmigo tu acero, y si te niegas villanamente, como villano morirás asesinado.

TOR. Desprecio vuestro furor!

SAR. Porque eres un cobarde, y encubres tu miedo con una excusa deshonrosa.

TOR. Cuando subais al cadalso, que por vuestro crimen os espera en breve, podéis reclamar ese duelo.

SAR. Infame! Tu vida necesito! (*va á lanzarse á él.*)

LUC. Detente, Sarmiento. (*deteniéndole*)

ELV. Hermano mio, por piedad! (*id.*)

SAR. Silencio, vive el cielo! Alejaos de aquí pronto, ó temblaré mi furor!

ELV. (Dios mio, protegednos!) (*vase.*)

LUC. (Perdidos somos!) (*vase.*)

ESCENA IX.

SARMIENTO, TORANZOS.

SAR. Y vos, que tan osadamente negáis una reparación

á mi honra; agradeced que me hallo proscripto y desterrado; algun día os podré buscar, y entonces os juro que me dareis estrecha cuenta de mi honor.

TOR. El hombre que lo ha mancillado ya con un crimen alevoso, no debe esperar sino el ludibrio y la muerte.

SAR. Salid, salid al punto de esta casa. Tal vez en breve me vereis en la corte.

TOR. Si, decís bien! Cuando ruede vuestra cabeza en el cadalso. (*vase.*)

ESCENA X.

SARMIENTO, luego GARCIA.

SAR. Oh! Dios! Cuándo se cansará vuestra cólera de abrumarme! Todos los infortunios á la vez. Deshonra y vilipendio!.. Dadme fuerzas, Señor, para sufrir!

GAR. (Qué veo? Sarmiento aquí todavía!)

SAR. Garcia!

GAR. Os creía cerca de Valladolid. Ved que perdeis un tiempo precioso para vuestra justificación.

SAR. Una nueva desgracia que ha caído sobre mí, ha impedido mi partida; pero vuelvo á la corte, porque me anima el deseo de la venganza, y mas que nunca me es necesario ahora desvanecer la calumnia que me infama, para cobrar mi honra.

GAR. No os detengais entonces.

SAR. Adios, y él quiera darme su favor. (*vase.*)

ESCENA XI.

GARCIA, despues TORANZOS.

GAR. Fatalidad! Creía encontrar á Toranzos, porque es fuerza que sepa la desventura que amenaza su vida, y hallo aun á Sarmiento... No puedo perder un solo instante, porque en la presteza está la salvacion. (*al salir halla á Toranzos.*)

TOR. Dónde vas, Marcos? Te vi entrar aquí cuando yo salía, y he esperado á que se alejase Sarmiento para venir á hablarte.

GAR. Yo tambien necesitaba veros.

TOR. La jóven del convento está aquí, y es la hermana de Pero.

GAR. Ferrando ha sido sorprendido, y le han arrancado la carta que llevaba á Aragon.

TOR. Ira de Dios! Es cierto?

GAR. El mismo ha venido á escape para noticiároslo.

TOR. Infame! Con su vida pagará su traicion.

GAR. Cerca de aquí os está esperando.

TOR. Y no dice quién se la ha arrebatado?

GAR. Se obstina en callarlo.

TOR. No queda mas recurso que la fuga si esa carta cae en manos de mi rival.

GAR. Apresurémonos.

TOR. Antes es fuerza que me digas si has visto en esta granja un niño.

GAR. Si, señor; varias veces le he visto durmiendo en su cuna.

TOR. Es necesario que me apodere de él pronto, y á cualquier precio.

GAR. Pues, qué interés?..

TOR. Ese niño es mi hijo, y de la jóven del convento de Carmelitas.

GAR. Bien! Yo me encargo de robarle, y os le entregaré.

TOR. Podrás hacerlo?

GAR. Me introduciré por el buerto, que cae á espaldas de la granja, y allí cerca está la habitacion donde tienen al niño.

LOR. Pues con celeridad róbase, y vé con él á esperar-me a Medina, donde me reuniré contigo esta noche.

GAR. Así lo haré.

LOR. Presteza y sigilo.

GAR. Desembañad. Vamos. *(van á salir por el fondo.)*

LOR. Espera... *(deteniéndose á Garcia y mirando hacia dentro.)* Sarmiento vuelve apresurado.

GAR. ¿Que motivo le hará volver?

LOR. No podemos salir sin que nos vea.

GAR. Venid... en este cuarto... *(señalando el de la derecha.)*

LOR. Pronto. *(entran en él.)*

ESCENA XII.

TORANZOS y GARCIA, ocultos, SARMIENTO.

SAR. Por fin se muestra Dios bondadoso conmigo. Mi felicidad no está lejana. *(mostrando una carta.)*

GAR. Venid. *(queriendo hacer salir á Toranzos por el fondo.)*

LOR. Espera... Trae una carta en la mano.

GAR. Si será...

LOR. Escuchemos!

SAR. Lucia! Elvira! Oh! Es necesario partir sin detención.

ESCENA XIII.

Los mismos, LUCIA, ELVIRA.

LUC. Tan pronto de vuelta! Algun nuevo infortunio?

ELV. Qué ha ocurrido?

SAR. Ya dieron fin los pesares, Lucia! La repacion de tu honor se halla próxima, querida hermana!

ELV. Será verdad?

LUC. Habla!

SAR. Puedo volver ya al lado del monarca y confundir la calumnia que me ha perdido.

ELV. Oh, Dios mío!

LUC. Y cómo?..

SAR. A corta distancia de aquí, me hallé un criado de labranza de Tovar, que me traía de su parte esta carta de Valladolid.

LUC. Y en ella?..

SAR. Oíd. *(leyendo.)* «Mi amado señor; vuestras desgracias terminan hoy; esta mañana mi amigo Ferrando, escudero de un gran señor, tropezó conmigo cuando iba á partir con sigilo de esta corte; preguntéle donde se dirigía y se negó á decirme lo; sospeché de él, como hacia tiempo sospechaba de su amo. Le lleve con engaños á una hostería inmediata, donde embriagándole conseguí me dijera que llevaba un pliego urgente á Aragon; al oír esto, me arrojé sobre él, le arrebaté el pergamino y le dejé atado; lei, y mis sospechas se realizaron; en este documento se delata el mismo regicida. Os envío este aviso para preveniros, porque el pliego á nadie quiero fiárselo, y á corto trecho del mensagero que os lleva esta mia, puto á la granja á entregaros vuestra salvacion. Vuestro mas leal servidor: Rodrigo Tovar.

LUC. Ah, Dios eterno! Yo te doy gracias!

LOR. Oyes? Corre á apoderarte del niño.

GAR. ¿Vos?..

LOR. Voy á esperar á Tovar.

GAR. Comprendo.

LOR. Ven. La Medina te espero. *(vase por el fondo.)*

GAR. No faltare. *(vase por el fondo.)*

ESCENA XIV.

SARMIENTO, LUCIA, ELVIRA.

SAR. Por fin con esa carta recobraré mi puesto en la corte y el honor que ese infame me arrebató! Yo sabré obligarle á ser tu esposo, ó dejará de existir.

ELV. Si, hermano mio, vengame del traidor!

SAR. Pero ignoro su nombre.

ELV. Alfonso de Zúñiga.

SAR. Basta!.. Prevedid lo necesario para partir juntos á la corte sin demora.

LUC. Si; es fuerza que sepa pronto el soberano que jamás un Sarmiento ha sido traidor.

SAR. Yo indagaré quién ha sido el péc-do que ha hecho recaer su crimen sobre mí, y mi venganza será tan cruel como lo ha sido la ofensa.

ELV. No pienses en vengarte, hermano mio; piensa en triunfar.

SAR. Volad á prevenir la partida.

LUC. Voy al momento. Sigueme. *(á Elvira.)*

ELV. Vamos. *(van á salir y se detienen al oír la voz de Tovar.)*

TOR. *(dentro.)* Socorro!.. Socorro!.. Al asesino!

LUC. Qué voz es esa?

SAR. Es la de Tovar. Corramos. *(van al foro todos y miran adentro.)*

ELV. Es él... y está en tierra rodeado de los labradores de la granja.

SAR. Un hombre monta á caballo y parte á escape por entre los sembrados.

LUC. Aquí traen á Tovar.

SAR. Habrá muerto? Ah! Y la carta tal vez...

ELV. Otra traicion!

LUC. Aquí está. *(todos rodean á Tovar que sale sostenido por los labradores.)*

ESCENA XV.

Los mismos, TOVAR, LABRADORES.

SAR. Tovar!

TOR. Señor!.. Han querido robarme vuestro tesoro!

ELV. Sentadle. *(poniéndole una silla en el proscenio.)*

SAR. Te han herido?

TOR. Levemente. No tengais cuidado. El infame no ha logrado su objeto. Tomad; en ese pergamino está vuestra inocencia. *(se le da.)*

SAR. Oh, servidor leal! Por mí has espuesto tu vida. Elvira, Lucia; corred, traed con que vendarle.

LUC. Al instante. *(vase con Elvira.)*

ESCENA XVI.

SARMIENTO, TOVAR, LABRADORES.

SAR. Voy á partir á la corte, Tovar; podrás seguirnos?

TOR. Si; la herida no es cosa. Alguna sangre vertida y nada mas. Pero si no es porque acudieron á mis voces mis criados, dá fin á mis días y me arrebatá el pliego. El infame sabia, sin duda por Ferrando que logro desatarse, que yo le traía.

SAR. Tú le conoces?

TOR. Perfectamente.

SAR. Quién es?.. Cómo se llama?

TOR. Leed. Ahí está su firma.

SAR. *(leyendo.)* «Mi rey y señor, nuestro plan se ha frustrado; cuando levanté el puñal para dar muerte al rey don Juan, fui sorprendido; pero pude huir y otro es acusado del crimen. Traed vuestras huestes,

que yo haré que el rey y don Alvaro, que ahora se hallan descuidados aquí, no sospechen nada, y por sorpresa os será fácil apoderaros de Valladolid. Vuestro vasallo mas leal, Diego de Toranzos.» Inició!

Tov. El mismo es el que me ha herido!

SAR. Pronto pagará su vileza!

ESCENA XVII.

Los mismos, LUCIA.

LUC. Sarmiento... Esposo!.. *(desolada y sin poder hablar.)*

SAR. Lucia!.. Qué agitacion?..

LUC. Es que... nuestro hijo... nuestro Enrique...

SAR. Acaba!

LUC. Nos lo han robado!

SAR. Cielos!

LUC. Ah!.. no puedo... un s... yo... muero! *(cae sin sentido en brazos de Sarmiento.)*

SAR. Señor! Señor! Tened piedad de nosotras!..

Tov. Comprendo la maldad!

ESCENA XVIII.

Los mismos, ELVIRA.

ELV. *(llorosa y desolada.)* Hermano mio! El cielo nos alrumba con su terrible cólera!

SAR. Y bien! Mi hijo!..

ELV. No parece!.. Ah! Lucia! *(yendo á sostenerla.)*

SAR. Socorrela! *(Elvira, ayudada de los labradores, sientan á Lucia en una silla. Elvira la sostiene.)*

Tov. Señor, Toranzos os ha robado vuestro hijo!

ELV. Cómo!

SAR. Tú crees...

Tov. Que lo ha robado para amenazaros con darle muerte si dais al rey ese pergamino.

SAR. Oh, si; dices bien! Cobarde... Que tiemble mi furia!.. Pronto á Valladolid!

Tov. y ELV. Si, si; partamos!

SAR. Venganza!

ELV. Misericordia, Dios mio! *(alzando las manos al cielo.)*

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

Una sala en casa de Marcos Garcia, en Toledo, adornada con lujo, al gusto de la época. Puertas laterales y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

TOVAR, UN CRIADO.

Tov. Pasad recado á vuestra amo que Rodrigo Tovar quiere hablarle.

CRIA. Está bien. *(rase.)*

Tov. Mucha agitacion he notado en las calles, y aunque ignoro la causa, como conozco mucho á mis compatriotas, milagro será que antes de la noche no tengamos asonada.

ESCENA II.

TOVAR, GARCIA.

GAR. Bien venido, Tovar.

Tov. El cielo os guarde, Garcia.

GAR. Ocurre alguna novedad?

Tov. Nada mas que mi señora doña Elvira y su sobrina

doña Sol, salen hoy para dar gracias al Eterno en su santo templo, por su regreso á sus hogares, y mi señor Sarmiento ha ordenado que esperen en vuestra casa á que venga á reunirse con ellas para acompañarlas á la ceremonia.

GAR. Honra es que no esperaba por cierto la de que mi humilde casa pudiera albergar, aunque cortos instantes, huéspedes tan ilustres. No recordaba, en verdad, que era este dia aniversario del rescate de vuestras señoras.

Tov. Hoy hace un año que partí á Granada á llevar á su rey Mahomad el rescate que exigió por la hermana y la hija de mi señor; me recibí bien el infiel... esos perros reciben siempre cumplidamente al que va á darles oro. Me entregó las prendas que don Pedro lloraba perdidas hacia un año, y me cupo la fortuna de devolverlas á su patria y á los brazos del que tanto las adora.

GAR. Mi buen amigo Sarmiento ha sido siempre modelo de ternura con su familia, y una imprudencia hizo caer en manos de los árabes los dos únicos objetos de su cariño, que le consolaban de la pérdida de una esposa querida, y cuya desgracia arrancó amargas lágrimas á su corazón.

Tov. Calificais de imprudencia, lo que no fue sino desgracia. Pero Dios las ha vuelto por fin su libertad, y mi gozo sería completo si no sintiera un hondo pesar en mi pecho.

GAR. Y ese pesar, cuál es?

Tov. No haber podido hallar al infame Toranzos, al que me hirió por robarme un pergamino, hace veinte años, cerca de mi granja de Valladolid.

GAR. Y para qué queriais hallarle?

Tov. Para vengarme de su infame traicion. Pero por desgracia, desde aquel dia nada ha vuelto á saberse de él.

GAR. Lo mas probable es, que muriese aquella noche al huir; pues cuando, por orden del rey, se le buscó por todo el reino, se hallaron junto al rio Pisuerga su capa y su espada, sin que su cadáver pareciese en ninguna parte.

Tov. A pesar de todo, yo tengo un oculto presentimiento de que aun existe, y Dios ha de hacer que yo le encuentre algun dia para arrancarle cara á cara la vida que él quiso quitarme á traicion. Ah! Si llega ese dia, yo le haré ver que Tovar no es hombre que hiere á nadie por la espalda.

GAR. Buen Tovar, debéis olvidar vuestra venganza.

Tov. Cómo quereis que olvide la villanía que cometí con mi noble señor, que por su causa se vió perseguido y calumniado, y sin espuesto á perder la existencia? Nunea podrá borrarse de mi memoria proceder tan inicuo.

GAR. Pero debe consolaros, que no pudo conseguir sus intentos nefandos, y que fue vana su traicion.

Tov. Mirad, Garcia; si queris tenerme por amigo, no me habéis de ese cobarde, ni mucho menos de ese hecho, porque se me enciende la sangre, y perderé basta la dignidad de hombre.

GAR. Tranquilizaos; no os lo volveré á recordar.

Tov. Aquí están ya mis amas.

ESCENA III.

TOVAR, GARCIA, SOL, ELVIRA.

GAR. Señora, sed bien llegadas á una casa que enaltece vuestra presencia.

ELV. Gracias, Garcia! Una casualidad nos proporciona hoy la dicha de venir á vuestra morada.

GAR. Lo sé; Tovar me ha dicho ya que vuestro hermano piensa venir a reunirse con vos aquí; y yo celebro que me haya proporcionado esta ocasión, en que puedo felicitaros de todo corazón, por veros libres del poder musulmán.

SOL. Ah! Dios de bondad!

GAR. Vuestra noble sobrina suspira al oír mis palabras! Pero si es triste recordar tan infausto acontecimiento, es mayor la alegría que se experimenta al ver el peligro pasado.

ELV. Nunca ceso de tributar gracias al Altísimo por tan inmenso bien; en medio de mi cautividad me consolaba la lisonjera esperanza de que nunca nos abandonaría su mano protectora.

SOL. Y no lo esperabais en vano. Ya veis, hace un año que nos vemos nuevamente en nuestro país, y al lado de mi querido padre.

TOV. Que ha trocado el dolor que le causó la nueva de vuestra desgracia, por el gozo que á todas horas inunda su faz desde nuestra vuelta.

GAR. Me estremezco al pensar que hubierais podido permanecer toda la vida entre los infieles, y morir abandonadas, lejos del suelo que os vió nacer... y lo que es mas cruel todavía, lanzar el último suspiro sin los consoladores auxilios de nuestra sacrosanta religión.

ELV. García! La que, como yo, se halla acostumbrada á padecer desde la mas tierna edad, sabe sufrir con resignación. Si Dios, en sus altos designios lo hubiese dispuesto de ese modo, me hubiera sometido bendiciéndole.

SOL. Habiéis visto á Fernando? (*bajo á Tovar.*)

TOV. (*id. á Sol.*) Al venir aquí le hallé á la puerta de nuestra casa, y espera mi aviso cerca de aquí: me ha dicho que desea hablaros.

SOL. Tan pronto?

TOV. Tiene que deciros cosas muy importantes.

SOL. Haz que podamos vernos.

TOV. No es muy buena ocasión... Pero, no obstante, haré que le habléis.

SOL. Gracias, mi buen amigo.

TOV. Silencio; doña Elvira nos observa.

GAR. Podéis permanecer aquí; esta casa es vuestra; yo voy á ver si llega mi amigo Sarmiento para avisaroslo.

TOV. Y yo corro al templo á que todo esté pronto para cuando vayais. (*ruse con García.*)

ESCENA IV.

ELVIRA, SOL.

ELV. Y bien, querida Sol, cuál es la causa de que tu semblante se halle nublado por la tristeza, en un día que debia inundar tu corazón de regocijo?

SOL. Ah! No ignorais, señora, la causa de este pesar, que no me abandona un momento desde hace un año.

ELV. Todavía?

SOL. Siempre! Por qué ocultar un amor cuando es puro? Nunca podré borrar de mi pecho la imágen de aquel jóven que conocimos en Granada, y mi voluntad no es poderosa á extinguir el amor que ha hecho nacer en mi alma.

ELV. Pero no reflexionas que ese jóven es hijo de un infiel, y que tu religion te prohíbe amarle?

SOL. Si la religion nos separa, el amor nos une; por él me ha seguido desde Granada corriendo mil peligros y ocultandose en Toledo bajo el nombre de Fernando, solo por verme y no separarse de mí. Como queréis que olvide al que me dá una prueba tal de su amor?

ELV. Considera, hija mia, que nunca consentirá mi hermano en una union tan desigual.

SOL. Ah! Decís bien! Eso es lo que me sume en el dolor! Mil veces he querido confiarle mi inocente pasión, y otras tantas ha helado el temor los acentos en mis labios.

ELV. Y si no podeis unirlos, qué esperas de ese amor?

SOL. Nada mas que pesares! Es cierto! Preveo que el porvenir me guarda hundos dolores!

ELV. Consuélate, Sol. Eres muy niña aun para perder así la esperanza. Mi debilidad es la causa de tu tormento. Yo sorprendi en Granada tu secreto, y temerosa de que cualquier emocion violenta te costase la vida, porque aun estabas convaleciente de tu peligrosa enfermedad, dejé insensatamente que esos amores tomasen incremento.

SOL. Yo bendigo mil veces mi enfermedad, pues á ella debo el inapreciable placer de haber conocido una madre amorosa, y disfrutar de sus caricias, de las que me creia privada para siempre.

ELV. Pero tambien al descubrirte ese secreto, te privé de un padre.

SOL. En el nombre no mas, porque en el cariño, qué padre me lo pudiera manifestar mejor que Sarmiento?

ELV. Ten presente, hija mia, que para todo el mundo, mi hermano debe ser tu padre, ya que su amor hacia mi le ha impuesto ese carácter; porque si llegara á divulgarse que yo te he dado el ser, la deshonra estamparia en mi frente un sello ignominioso!

SOL. Nada temais, madre querida! Nunca mis labios revelarían este secreto; nunca por vuestra hija llegaré á infamaros la maledicencia!

ELV. Si, si, lo creo; estoy tranquila, y doy gracias á Dios que me ha dado en tí un angel que calma mis pesares, y dá consuelo á mi angustiado corazón!

SOL. Ah, madre mia. (*abrazándola.*)

ELV. Hija de mis entrañas! Ven, sígueme; mi hermano no debe tardar, y voy á preguntar á García si podrá ver en tanto á su esposa.

SOL. Dejadme aquí unos momentos; bien sabeis que me agrada la soledad, y en ella encuentro algun alivio. Cuando háyamos de partir al templo, me avisareis.

ELV. Quédate; pues así lo desearé; hasta luego, hija mia. (*ruse por el fondo.*)

ESCENA V

SOL.

Oh, Dios mio! Cuán grande es el infortunio con que me abruma vuestra diestra omnipotente! Me habeis dado una madre cariñosa, y me obligais á ocultar esta dicha en el fondo de mi corazón, como si fuera un crimen! Me habeis llamar padre á quien no lo es, y me privais de conocer al mio! Tengo un amante que pudiera darme la felicidad en el mundo, y habeis dispuesto que nazca en distinta religion á la vuestra, para que no pueda jamás llamarme suya! Ah, señor! Mostraos conmigo piadoso, y haced que pueda verme venturosa algun día!

ESCENA VI.

SOL, FERNANDO.

FER. Sol!

SOL. Fernando mio!

FER. Introducido por Tovar en esa antecámara próxima, he aprovechado la salida de tu deuda Elvira, para penetrar á hablarte, porque ya te habrá dicho Tovar, que es indispensable que me escuches hoy.

SOL. Si, me lo ha dicho, y to esperaba inquieta.

FER. Cuatro dias mortales hace hoy que no me es dado contemplar el cielo de tu rostro, ni estasiarme con el fuego abrasador de tus miradas! Ah! Tú eres una huri que haces el encanto de mi vida, y con cuyo aliento se embalsama mi ser. Sin tu vista, gacela mia, la tristeza y el desconsuelo mas profundo se difunden en mi alma; y al verte, siento que vuelve á mi la vida, y el sol de la felicidad con sus esplendorosos rayos derrama la alegría en mi espíritu, y juzgo que alejado por un vuelo rápido de esta tierra de dolor y pesares, me hallo morando en el Eden entre los elegidos de Dios!

SOL. Bien mio! A tus acentos se estremece mi corazón del placer mas puro, y tu amor es para mí el mundo entero; sin él ya hubiese terminado mi vida, porque es la sola felicidad que me embriaga y enloquece!... Siento en mí, al escucharte, una nueva existencia, y lo mismo que el rocío de la mañana vuelve á la flor su lozanía, así tus apasionadas expresiones vivifican mi aliento!

FER. Qué mayor gloria, sultana mia, que gozar hasta nuestro postrer momento las delicias que proporciona una pasión tan casta como el aroma de la rosa?

SOL. Si, dices bien! Por eso siento en mi interior una voz poderosa que me anuncia, que te amaré hasta que cubra mi cuerpo la losa sepulcral!

FER. Yo no te olvidaré ni aun despues de morir, porque en otro mundo mejor me gozaré en consagrarle una pasión eterna!

SOL. Oyéndote, Fernando, olvido que el tiempo corre velozmente y que debías hablarme de un asunto de importancia.

FER. Tienes razón, hermosa! Estasiado en contemplar tus gracias seductoras, se aleja de mi toda idea que no sea la de adorarte!

SOL. Y bien, qué tienes que decirme?

FER. Ya sabes que por seguir tus pasos, abandoné gustoso mi patria, mis padres y mi Dios, y que hace un año estoy en Toledo viviendo pobre y desconocido en la morada de un artesano, amigo y pariente de Tovar, por cuya recomendación me hace pasar aquel por su criado, bajo el nombre de Fernando, ocultando el de Hiessem que es el mio.

SOL. Ah, Fernando, ese nombre es el único obstáculo que se opone á nuestra ventura.

FER. Pronto no se opundrá, porque ha llegado al fin el día de la decision. Recordarás, amada Sol, que vivía en Granada un cristiano, protegido por el rey Mahomad el izquierdo, y que este habia hecho la fortuna de mi padre, que pobre y desconocido, llegó por su mediación á servir de cerca al monarca; no ignorarás que este cristiano ejerce tal influjo sobre mi padre, que le debo tanta obediencia como al hombre que me ha dado el ser.

SOL. Si, lo recuerdo. Una sola vez me lo mostraste en los jardines de la Alhambra, el día que nos sorprendió en un coloquio de amor, y te confieso que su rostro me causó una impresion desagradable.

FER. Pues bien, ese hombre está en Toledo.

SOL. Es posible?

FER. Esta mañana le he reconocido en la calle, cuando iba al pie de tus balcones, por si podia verte un instante, y he tenido la suerte de que él no me viese.

SOL. Y tú sospechas?..

FER. Que viene en busca mía, por orden de mi padre, para llevarme á Granada; y bien sabes, bien mio, que sería quitarme la vida separarme de ti.

SOL. Yo tambien moriria de dolor al separarnos.

FER. Para evitarlo, he pensado abrazar la religion que tú profesas; tu Dios será desde hoy el mio. Me presentaré á tu padre y le declararé mi pasión; le pediré un plazo en el cual pueda hacerme digno de ti, sirviendo al rey cristiano en la guerra que vá á emprender contra Aragon, y yo te juro, que lograré, inspirado por tus encantos, alcanzar el nombre que me falta para merecerte.

SOL. Ah, Fernando, reconozco en tu resolucion el amor acendrado que te inspiró! Lo apruebo con el alma, y confío en que Dios nos conducirá por la senda de la virtud á la eterna felicidad!

ESCENA VII.

SOL, FERNANDO, TOVAR.

Tov. Todavía juntos!

SOL. Tovar!

FER. Amigo mio!

Tov. Bien me lo sospechaba, porque sé que la imprudencia es el distintivo de los amantes!

SOL. Pues qué, acaso mi padre?..

Tov. Viene ya, y vá á subir al punto para conducirlos al templo. Pero, ya se vé, hablando de amor, no se acuerda uno de que le esperan.

SOL. Son tan cortos los instantes que nos podemos ver!

Tov. Ya! Y por eso os esponéis á ser sorprendidos? Afortunadamente estoy yo aqui, que velo por vuestra seguridad.

FER. No sé cómo agradeceros vuestros cuidados, y todo lo que os debo desde que me hallo en esta ciudad.

Tov. Nada me agradezcais; yo lo hago solo por la hermana de mi señor, á quien estimo y respeto, que me encargó os protegiese y ocultase vuestro origen mahometano, que en esta tierra os hubiese espuesto á mil peligros.

SOL. Mi buen Tovar!

Tov. Y tambien por vos, doña Sol, á quien quiero con toda mi alma, y por quien derramaria gustoso hasta la última gota de mi sangre. Por vos unicamente he consentido en apadrinar amores, porque he conocido que el vuestro es puro, como el alma que abrigais, y os proporciono las ocasiones de ver á vuestro amante; y sobre todo, porque soy buen cristiano, y creo ganar mucho con Dios, si ayudando á vuestra pasión, consigo que un alma creyente se convierta á la religion cristiana.

SOL. Pues ya has logrado tu deseo, porque Fernando acaba de decirme que se halla resuelto á adorar al Dios único en sus sacrosantos altares.

FER. Y qué no haré yo por la que idolatro?

Tov. No en vano lo esperaba yo! Doña Sol, habeis hecho un milagro, y Dios os debe recompensar por él! Pero ya perdemos tiempo... Salid! (*á Fernando.*)

FER. Adios, hermosa mia!

SOL. El te inspire, Fernando!

Tov. Vamos pronto!.. (*mirando por el fondo.*) Ya es tarde... Mi señor se acerca y no podeis salir sin que os vea. Ocultaos en ese cuarto. (*le empuja á la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII.

SOL, TOVAR, FERNANDO, *oculto*; SARMIENTO, GARCIA, ELVIRA.

GAR. Aqui la tencis, Sarmiento. Siempre amante de la soledad.

ELV. Sol, ya es hora de partir al templo.

Tov. Y ya os esperan en él para empezar la ceremonia que habeis dispuesto para solemnizar un día tan lausto.

SAR. Si, fausto para todos... Y extraño que mi querida Sol se halle tan triste en un día que nos recuerda la patente misericordia de Dios, que la libró de dos inminentes peligros, el primero de la muerte en una cruel enfermedad, en la que se hallaba espirando, y el segundo del cautiverio y la deshonra.

SOL. Si algun disgusto se nota hoy en mi rostro, es el recordar que soy la involuntaria causa de los pesares que habeis sufrido un año entero. Cuando me hallaba próxima á entregar el alma al Señor, mi buena tia hizo voto, si me salvaba, de llevarme en santa peregrinacion al templo del Apostol, y este viaje fue el origen de nuestro infortunio, pues terminada nuestra mision, al tornar á nuestros hogares, caímos en una emboscada de infieles, los que nos condujeron cautivas ante el rey de Granada.

GAR. Pero por fin os hallais salvas en vuestros hogares, sin haber sufrido menoscabo alguno vuestro honor.

SAR. Si, Garcia! Por fin Dios se ha apiadado de mi, conservándome una hija querida, cuya pérdida me hubiese hecho morir de dolor, porque ya hace veinte años que lloro la de un hijo, que era mi ídolo, y que me fue robado vilmente, sin que haya podido averiguar quién me le arrebató; su triste madre murió de pesar a los pocos dias de su desaparicion, y nada he sabido de la infeliz criatura; ignoro si vive en la desgracia, ó murió víctima de un crimen.

Tov. Eso es lo que yo juzgo mas cierto; me atrevo á apostar la cabeza, á que el infante Toranzos se lo llevó en rehenes de aquel pergamino.

GAR. (Siempre lo mismo!)

SAR. No, Tovar; si así lo hubiera hecho, se me hubiese presentado en Valladolid para impedir que entregase al rey la declaracion de su delito, firmada por su mano.

Tov. Quizá llegaría tarde, pues no bien entramos en la corte, os presentasteis á don Juan con la prueba de vuestra inocencia.

SAR. Grande fue la alegría del Soberano, cuando al leer el pliego, vió en él la infame maquinacion que me habia hecho aparecer culpable.

ELV. El monarca apreció siempre en mucho á nuestra familia, y bien viste que se apresuró á hacer pública tu inocencia aquel mismo día, con la mayor solemnidad, y te devolvió su aprecio y su cariño.

Tov. Y dió orden de buscar á Toranzos por todo el reino, y llevarle á su presencia muerto ó vivo. No fui yo de los que menos corrieron en su busca, pero sin duda le protegió el demonio, porque no pudo haberse en ninguna parte.

SAR. Sin duda con su vida espíó su crimen. Yo quise retirarme á Toledo, pero don Juan no permitió que abandonase la corte, y cuatro años me llevó á su lado y me colmó de bondades, hasta que al fin vencido por mis ruegos, me dejó regresar á mi patria.

Tov. Pues bien, señor; volviendo á mi tema; como el pícaro de don Diego llegaría tarde para amenazaros con la muerte de vuestro hijo, huiria para ocultar su afrenta, y vengaría su impotente rabia asesinando un inocente.

ELV. Qué horrorosa idea!

SOL. Tovar, tenéis pensamientos que hacen estremecer!

GAR. Sin duda delira.

SAR. No; mas bien su encono contra Toranzos le hace creer en el un crimen tan atroz. Mi pobre hijo no existe, y es en vano que busquemos la causa de su

desgracia; el llanto solo de su padre será el que nunca tendrá fin.

Tov. Decis bien! Tanto aborrezco al infame, que no le pido á Dios otra cosa, sino que viva y le ponga á mi paso para poder vengarme.

SAR. Basta ya, Tovar. Debemos olvidar para siempre tan tristes recuerdos. Si ha muerto el causador de mis desgracias, y mi perdon puede servirle de reposo en la otra vida, yo se lo otorgo cumplido.

SOL. Cuán noble y generoso sois, padre mio!

SAR. Voy á acompañaros al templo para dar gracias al Señor porque me ha conservado esta joya inestimable. (abrazando á Sol.)

ELV. Guardamos tus ordenes.

SAR. Garcia, esperadme aquí cortos momentos. Tengo que hablaros de la causa de esa agitacion que se nota hoy en el pueblo, por cuyo reposo debo velar como alcalde y única autoridad.

GAR. Esperaré.

SAR. Seguidme.

ELV. Vamos.

SOL. (Dios mio! Cómo podrá salir Fernando?)

Tov. (Dios me dé fuerzas para olvidar al vil Toranzos!)
(vanse todos menos Garcia.)

ESCENA IX.

GARCIA, FERNANDO.

GAR. Tiemblo cada vez que oigo hablar de los sucesos de hace veinte años, en los que estuve á pique de perderme por ausiliar á don Diego! Ann cuando debo hallarme tranquilo, porque supe alejar con maña toda sospecha que pudiese darme á conocer como cómplice, porque así que entregué el niño á Toranzos en Medina, parti con velocidad á Valladolid, donde Sarmiento no pudo echarme de menos, y aun cuando la muerte el que pudiera denunciarme, no sé que secreto terror me hace palidecer involuntariamente, cuando oigo recordar lo pasado á Sarmiento, que no deja trascurrir un día sin hablar del rapto de su hijo, que yo arrebaté aquel en que cayó en sus manos la carta que iba dirigida al rey aragonés: si; no tengo duda en que aquel niño que creyó Toranzos era su hijo, es el que ahora perdido Sarmiento, y cuya suerte ignoro. (Fernando sale de la puerta de la derecha y va poco á poco á salir por la del fondo.) Siempre temo que algun incidente imprevisto me delate y perda mi porvenir... Pero que ruido es ese? Quién vá? (se vuelve y vé á Fernando.) Quién sois?... Qué queréis?

FER. Perdonad... soy un criado de Martín Tovar, deudo de Rodrigo, que me envía en su busca; y habiéndome indicado que se hallaba aquí, venia...

GAR. Acaba de salir con sus señores, y si os urge verla, en la catedral, que está cerca, le encontrareis.

FER. Gracias... El cielo os guarde. (vá á salir y se halla con Sarmiento.)

SAR. Garcia!... (saliendo sin ver á Fernando.)

FER. Disimulad, señor. (á Sarmiento que le mira al marcharse.)

ESCENA X.

GARCIA, SARMIENTO.

SAR. Quién es ese jóven?

GAR. No le conozco. Venia, segun dijo, en busca de Tovar, de parte de un pariente. Mas cómo abandonais tan pronto la ceremonia religiosa?

SAR. Apenas he dejado en el templo á mi hija y á mi

hermana, me he apresurado á venir á hablar con vos, para daros conocimiento de lo que pasa.

GAR. Ya estoy impaciente por saberlo, pues segun vuestro misterio, debe ser asunto de gravedad.

SAR. No habeis notado una extraordinaria agitacion en los ánimos?

GAR. Algo he notado en efecto, y me ha sorprendido.

SAR. Escuchad. Esta mañana, cuando iba á salir á la iglesia, se presentó en mi casa Alonso Coto, solicitando hablarme con reserva de un asunto urgente. Esa fue la causa de que ordenase á Sol y á Elvira que saliesen y me esperasen aqui, para ir á la ceremonia.

GAR. Y qué era lo que Coto queria?

SAR. Me presentó una cédula, firmada por don Alvaro de Luna, en la cual manda, desde Ocaña, donde está á la sazón, que Coto cobre en Toledo un cuento de maravedis por via de empréstito, repartido entre los vecinos, pues tiene gran falta de dinero, ahora que necesita percibir lo necesario para la guerra que ha decidido emprender contra Aragon. Esta noticia, divulgada en el pueblo, ha esparcido la indignacion y la alarma, porque nunca ha pagado Toledo pechos tan excesivos y fuera de la ley. He querido comunicároslo, como teniente alcalde, para que juntos resolvamos lo que deba hacerse en tan apurada situacion.

GAR. Y qué habeis contestado al mensajero?

SAR. La ira asomó á mi rostro al leer la cédula de don Alvaro, y he prohibido que dé paso ninguno para cobrar la cantidad que exige, hasta que reciba mañana mi contestacion, y le comunique lo que haya resuelto la ciudad en asunto tan arduo.

GAR. Habeis hecho bien... y mi parecer es que debemos reunir el concejo en esta misma noche, y someter á su decision la respuesta.

SAR. Tal es mi dictámen, Garcia. Cuando se juega el honor y la dignidad de la patria, debe arriesgarse todo antes de mancillar tan sagrados objetos con una indigna debilidad!

ESCENA XI.

GARCIA, SARMIENTO, TOVAR.

TOV. Señor?

SAR. Qué traes?... Vienes alterado?

TOV. El tumulto crece por momentos; el pueblo corre en todas direcciones; formáanse corrillos, que se hablan con misterio y con la mas grande agitacion. En todos los semblantes se pinta la ira, y todo anuncia una tormenta próxima y espantosa.

GAR. La noticia se habrá estendido.

SAR. Y qué has averiguado?

TOV. Segun he podido comprender, se trata de cobrar un impuesto injusto en esta ciudad, que por sus fueros se ha hallado siempre libre de tan arbitrarias exacciones; se dice que Alonso Coto ha prometido recaudarlo mañana mismo, para servir fielmente al favorito, aun cuando se opongan la ciudad y el concejo.

GAR. Qué audacia!

SAR. Prosigue.

TOV. Esta nueva la han esparcido por todas partes, y exaltan los ánimos impulsándolos á la resistencia, entusiasmando al pueblo, con noble patriotismo, los canónigos Juan Alonso y Pedro Galvez... y muchos grupos piden que se prenda al momento á Coto, porque trata alevosamente de hollar las franquicias y antiguos privilegios sagrados que disfruta Toledo.

SAR. Ya lo ois, Garcia. El pueblo se decide á resistir

esa orden, y la justicia está de su parte. Qué os parece que debemos hacer en este caso?

GAR. Señor, vuestras luces en estas materias llevan la primacia, y me honrais en extremo. Segun mi humilde parecer, debemos hablar á Galvez y Alonso, y obrando de acuerdo con ellos, negar el pago de ese impuesto.

SAR. Decis bien, y apruebo vuestra resolucio. Además, esta noche pienso reunir el concejo, y proponerle enviar al rey una súplica, pidiéndole como de justicia derogue la tiránica orden de su favorito; y en tanto que recibimos la real resolucio, me opondré con todas mis fuerzas á que se cobre un ducado de los habitantes de Toledo.

GAR. Si, Sarmiento; la resistencia es un deber.

SAR. Voy sin perder instante á ver esos clérigos entusiastas que animan á los ciudadanos, y á impedir que se cometan excesos que á nada conducen, y que mancharian la santidad de nuestra causa. (vase.)

TOV. Si por cierto; pero debemos enseñar á don Alvaro, que en Toledo no se dobla tan facilmente la cerviz ante la tiranía. (vase.)

ESCENA XII.

GARCIA, luego TORANZOS.

GAR. Comprometida es la posicion de la ciudad, y temo un conflicto grave. Si don Alvaro hace que el rey apruebe esa orden, valiéndose de la autoridad que ejerce sobre él, y este se dirige aqui á cobrar el impuesto, es inevitable una lucha sangrienta. (se oye un tumulto y voces del pueblo que se acerca.) La agitacion parece que va en aumento. (se dirige á mirar por la ventana.) Qué veo!.. Un hombre que parece fugitivo, entra en esta casa apresurado... Quién será? No he podido verle el semblante... Será tal vez Coto, que perseguido por el furor del pueblo, venga á buscar un asilo?

TOV. (saliendo.) (Al fin llegué!) Marcos Garcia?

GAR. Dios eterno! (volviéndose y reconociendo á Toranzos con el mayor asombro.) Toranzos!.. Es una sombra ó me engañan mis ojos?

TOV. Ni uno ni otro, mi buen Garcia; soy el mismo Toranzos: á quien serviste en sus negocios hace veinte años, y que desde entonces ha estado ausente de Castilla.

GAR. Será posible! Pero cómo os hallais en Toledo?... De dónde venis?..

TOV. Vengo de Granada y he llegado aqui anoche. Pregunté si estabas en la ciudad; me indicaron tu casa, y me dirigí á ella, cuando un tumulto inesperado me hizo dar algun rodeo, y en esta calle me ha sorprendido nuevamente, haciéndome entrar apresurado, temeroso de que pudiera alguno conocerme, pues aun cuando nunca estuve en Toledo, y hace ya tantos años que faltó de Castilla, la experiencia me ha hecho ser precavido, y recelo me venda hasta mi sombra. Y bien! Parece que te ha dejado mi presencia confuso y petrificado! Vengo á hablar largamente contigo! Vuelve en tí, y desecha ese asombro que se trasluce en tu fisionomia.

GAR. No puedo menos de confesar que vuestra repentina aparicion, me ha sorprendido terriblemente... y no lo extrañareis cuando sepais que en Castilla se os cree muerto, desde el dia en que Sarmiento recobró su antiguo favor con el monarca, pues cuando por orden de este se os buscó por todas partes, hallaron junto al rio vuestra capa y vuestra espada.

TOV. Al atravesarle aquella noche á nado, dejé esas

prendas á la orilla, para que se creyese en mi muerte y nadie me molestase en la fuga. He aquí por qué no me sorprende el oírte decir que me juzgabas ya difunto.

GAR. Dios mío! Mis presentimientos se han realizado!

TOR. Todavía ese aire de susto?

GAR. Disimulad... Es natural, después de ignorar vuestro paradero tantos años. Y cual ha sido vuestra suerte en ausencia tan prolongada de vuestro patrio suelo?

TOR. Hui presuroso á Granada, y en ella, gracias á mi habilidad y destreza, supe adquirirme en poco tiempo la amistad y la confianza del rey Mahomad; le he servido con celo y prontitud en sus tratados de paz con Aragon y Navarra, y él, en cambio, ha compensado mis servicios con cuantiosas riquezas.

GAR. Pero habéis conservado vuestra fe?

TOR. No soy escrupuloso para nada en el mundo, pero jamás abjuré mi religion. He vivido cristiano en Granada hasta ahora, y tan bien me hallaba en aquel hospitalario país, que habia resuelto no abandonarle nunca, y lo hubiese hecho así, á no ser porque un acontecimiento imprevisto me ha obligado á volver á Castilla repentinamente.

GAR. Y cuál, don Diego?

TOR. Cierta joven árabe, hijo de un plevayo, protegido mío y del rey de Granada, se fugó hace un año de la casa paterna, robando con su ausencia la alegría y la paz á su anciano padre. En vano fueron nuestras indagaciones para encontrarle; hasta que al fin supimos por un judío de esta ciudad, que cayó prisionero en una emboscada, que el joven estaba aquí oculto bajo un nombre cristiano, y vengo en su busca para hacerle volver á su patria.

GAR. Y cómo os atrevéis á pisar un suelo donde os hallais proscripto, y donde reina aun el mismo don Juan segundo, á quien quisisteis asesinar, y que aun no ha olvidado vuestro crimen?

TOR. Me ha sido forzoso, te repito. El rey Mahomad el izquierdo, mi amigo y protector, ha sido destronado por su sobrino Mahomad, que estaba en Almeria, y que unido con varios nobles árabes, se apoderó por sorpresa de la Alhambra, y puso en prisiones á su tío. La caída inesperada de mi protector, me ha hecho abandonar el reino de Granada. Proscripto de nuevo de mi segunda patria, me dirigí á Castilla desesperado, á buscar ese jóven que puede ser mi salvacion. Pero no me juzgues tan insensato que al verme obligado á pisar este suelo, no haya tomado antes precauciones que me pongan á salvo de toda persecucion, y que puedan tal vez volverme mi mancillada reputacion.

GAR. Qué decís! Pensais acaso?..

TOR. Has olvidado ya, por ventura, mis antiguos ardidés y mi sutileza para los trances apurados?

GAR. Pero de qué modo pensais recobrar lo que perdisteis hace tantos años?

TOR. Tengo un proyecto seguro, que surtirá un efecto mágico, y para la ejecución del cual he contado con un apoyo que no te negarás á prestarme.

GAR. Habeis creído?..

TOR. Que me secundarás ahora en mi obra, como lo hiciste en otra ocasion. Por eso, al saber anoche que Sarmiento es alcalde de Toledo, pregunté al instante por ti, porque juzgué acertadamente que no le habrias abandonado... y, como ves, acerte en mi suposicion.

GAR. Pero no esperéis de mi nada, ni contéis con que os de en adelante el menor auxilio, sean cuáles fueren

vuestros intentos. Bistante espuse mi existencia por vuestra causa, en tiempos ya remotos, por fortuna, y que quiero olvidar por completo. No me es posible ahora arriesgar la posicion que ocupo, y el sosiego que á fuerza de perseverancia he logrado conseguir. Tengo una esposa á quien debo un apoyo; mi existencia la pertenece, y no puedo esponerla de ese modo.

TOR. Conque es decir que me niegas tu auxilio?

GAR. Os lo niego, Toranzo, y me debeis agradecer que no os entregue á la justa venganza del soberano.

TOR. Amenazas tambien! Garcia!.. estas ofuscado... Tengo inmensas riquezas que prometo dividir contigo, si me prestas tu ayuda.

GAR. No lograis seducirme con ellas.

TOR. Reflexiónalo bien!

GAR. Tambien en otro tiempo el brillo de una corona me indujo á ser complice de vuestras maquinaciones, y por poco rueda mi cabeza en el cadalso.

TOR. Las cosas esta vez se manejarán con mas pulso y mejor acierto.

GAR. Os repito que no.

TOR. Yo sé que á pesar de esa obstinacion, consentirás en obedecerme. Dime, dónde podremos vernos despues de ocultarse el sol?

GAR. Dejadme... dejadme, y no me tenteis mas!

TOR. Dónde podremos vernos? (con calma.)

GAR. Ya es demasiado! Salid de mi casa, ó llamo y os entrego á la justicia.

TOR. Oh! no lo harás, porque tambien tú te perderás conmigo.

GAR. Ah!.. Vive Dios!.. (confundido.)

TOR. Parece que ya cede un poco tu cólera! Calma, mi buen Garcia. Es forzoso que hablemos esta noche despacio. Si despues de escuchar mi plan rehusas ayudarme, quedas en libertad de obrar conmigo como mejor te plazca.

GAR. (Ah! Qué idea!..) Pues bien; consiento en escucháros.

TOR. Dónde?

GAR. Allí podré... si, si.) Cuando la noche tienda su manto, ireis á buscarme... (se interrumpe por un repentino tumulto que se oye por el fondo.)

VOCES. (dentro.) Aquí!.. Aquí!.. La ha salvado!

TOR. Qué es eso? Esas voces!.. (se llegan ambos á mirar por el fondo.)

GAR. Gente sube en tropel á esta estancia! Ah! Que no os vean!

TOR. Ocúltame.

GAR. Entrad en esa habitacion! (le hace entrar por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XIII.

GARCIA, FERNANDO, que saca en brazos á SOL; criados de Garcia, gente del pueblo.

CRIA. Por aquí!

FER. Socorredla, caballero! (á Garcia, que al ver á Sol acerca presuroso una silla y la sienta.) Yo la he salvado de morir.

GAR. Cielos! Doña Sol!.. Que accidente?..

FER. Al salir del templo fué arrollada por una turba del pueblo furioso, y hubiera perecido ahogada entre la multitud, si mi brazo no hubiese abierto anchas calle por los grupos. Cuando llegué en su auxilio, cayó desmayada, y la tomé en mis brazos, dirigiéndome aquí por ser la casa mas próxima.

GAR. Y doña Elvira que la acompañaba?

FER. Tambien la vi pugnando con el gentío, pero me ha sido imposible salvarla.

ESCENA XIV.

Los mismos, TOVAR.

TOV. Doña Sol?... Ah! por fin se halla en salvo.
FER. Vedla, Tovar.
TOV. Vos habeis espuesto vuestra vida por conservar la suya!... Gracias, mancebo, gracias!
FER. Me considero feliz en haberlo hecho así.
GAR. Qué desgracia tan imprevista!
TOV. Pero aun no ha vuelto en sí... Pronto, socorredla! (á los criados.) Qué haceis ahí parados? Buscad un doctor... Traed esencias! (los criados se van unos por el foro izquierda, otros por el de la derecha.)

ESCENA XV.

Los mismos, SARMIENTO.

SAR. Mi hija! Hija del alma! (corriendo á Sol y abrazándola.)
TOV. Tranquilizaos, se salvó.
GAR. Nada debeis temer por ella.
SAR. Me informaron del suceso; corri á la catedral, y solo hallé á mi hermana en la mayor desesperacion, pidiendo á gritos á mi hija... Dijéronme que un jóven con la mayor intrepidez, y esponiendo su vida, la habia librado del peligro y la habia conducido á esta casa... Quién es el noble jóven que me vuelve la prenda que tanto adoro?
TOV. Vedle, señor! (señalando á Fernando.)
SAR. Sois vos! Ah! bendito seas por el bien que me haceis! Mucho os debo este día!
FER. No me debeis nada, caballero. Cuando pelagra la existencia de una muger, el hombre bien nacido debe salvarla.
GAR. Ya vuelve en sí!
SAR. Hija mia!
SOL. (volviendo poco á poco, mirando á todos lados.) Qué es esto?... Dónde estoy?... (viendo á Sarmiento.) Ah! Padre mio!
SAR. El cielo te ha librado nuevamente!
GAR. Doña Sol, recibid mi enhorabuena!
SOL. Gracias, Garcia!
TOV. Otro milagro!
SOL. Mi buen Tovar!..
SAR. Mira tu salvador! (mostrándola á Fernando.)
FER. Señora!.. (saludando.)
SOL. (Mi Fernando!)
SAR. Mancebo, cuanto poseo es poco para pagaros vuestra accion generosa!.. Todo es vuestro desde hoy; mi casa y mi fortuna!
FER. Señor!..
SAR. Decidme vuestro nombre, para recordarle siempre y bendecirle.
FER. Mi nombre? Me permitireis que lo oculte, porque no me agradezcáis haber cumplido con el deber de un caballero. (vase.)
SAR. Oh, noble jóven!
SOL. (Cuánto es su amor!)
SAR. Sigoeme, Sol; mi hermana estará sin consuelo hasta verte en sus brazos. (presentándola el brazo.)
SOL. Ya os sigo. (levantándose y apoyándose en él.)
TOV. Si, si, partamos.
GAR. Guardaos Dios! (acompañándolos hasta la puerta. Salen todos seguidos del pueblo.)

ESCENA XVI.

GARCIA, TORANZOS.

TOR. Detente! (saliendo y deteniendo á Garcia que iba á salir tambien.)

GAR. (Ah! Me olvidaba!)

TOR. Necesito que sigas al jóven que ha salvado á esa niña, y no le pierdas de vista un solo instante.

GAR. Como!.. Pues qué interés?..

TOR. Hasta la noche! (vase; Garcia queda sorprendido mirándole salir.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin en casa de Sarmiento. Tapia en el fondo con una verja grande en el centro. En la izquierda la fachada de la casa: cerca de ella y en el proscenio, un árbol grande, á cuyo pie hay un banco. En la derecha varios árboles y rosales. Esta oscureciendo.

ESCENA PRIMERA.

GARCIA.

Aun no vuelvo de mi asombro! Parece que el averno ha arrojado de sus entrañas ese hombre maldito, á quien creia muerto hace veinte años, para atormentarme y destruir la tranquilidad de que disfruto ya tanto tiempo! No sé que partido tomar... Debo entregarle á la ley por regicida, ú obligarle por el temor á que se aleje otra vez de Castilla? Este último medio seria el mejor; pero Toranzos es tenaz, y cuando se ha arriesgado á venir, habrá tomado bien sus medidas, y solo cederá ante un riesgo real y próximo! No; es mejor seguir mi primer pensamiento... entregarle al alcalde para que el rey venga su injuria. Por eso accedí á tener con él una entrevista, y le he citado aquí, á las ocho, en el jardin de Sarmiento, porque podré con mas facilidad dar una voz pidiendo auxilio y hacerle prender. Y si, como me ha dicho, me denuncia como cómplice suyo? Pero su palabra sola no es bastante, y mi negativa me salvará en todo caso! Si, estoy resuelto. Esta noche quedará en poder de la justicia, y yo podré vivir tranquilo como hasta aquí.

ESCENA II.

GARCIA, SOL, ELVIRA.

ELV. Aquí respirarás con mas libertad, querida Sol, y lograrás que se disipe completamente el terror que aun te acosa, al recordar el peligro de que te has salvado esta mañana.

SOL. Decis bien! (se sientan ambas en el banco.)

GAR. (Gente aquí! Ah!) (reparando en ellas y saludándolas.) Señoras?

ELV. Garcia?

GAR. Vengo en busca de vuestro hermano. Pero permitid que antes pregunte á duña Sol si se siente mas aliviada.

SOL. Me hallo ya buena... Gracias por vuestra atencion.

GAR. Es un deber que me llena de gozo cumplirlo. Parece que el cielo espone á cada instante vuestra preciosa vida, para que sea mayor el regocijo de los que os aman, al veros libre del peligro, á la manera que es mas grata la luz del sol despues de pasada la tempestad.

SOL. Dios protege mi vida, porque me condena á sufrir en la tierra!

ELV. No habéis así, Sol mia, porque oprime mi corazon tu acento! No sabes cuánta fué mi amargura al perderte entre la multitud, juzgándote víctima de la furia del pueblo amotinado, ni cuánta mi alegría al verte libre!

SOL. Ya sé, señora, cuánto es vuestro cariño hacia mí, y os lo pago con otro igual, pues solo por vos amo esta triste vida!

GAR. Los impetus de un pueblo son terribles! Y no sé dónde podrá llegar su ira, si la vejación que se trata de hacerle, llega á verificarse.

SOL. Me estremecen esos tumultos, y en este día mi corazón presagia nuevos males.

ELV. Sosiégate; nada debes temer. Aquí estas al abrigo de todo riesgo.

SOL. Y no puede ese pueblo atentar á la vida de un padre, á quien aloro? Ah! si sucumbiera en este alzamiento, sería un golpe mortal para mí!

ELV. Pero eso no es posible!

GAR. No sabéis, según eso, cuanto es el prestigio que disfruta en Toledo vuestro noble padre, ni cuánto le idolatran sus conciudadanos; todos por él se dejarían llevar á la muerte gustosos, y á una sola voz suya obedecen con sumisión.

SOL. García... es eso cierto?

GAR. No lo dudeis.

SOL. Vuestras palabras tranquilizan mi espíritu, mas no del todo. Aun preveo otro riesgo mayor para mi padre en tan angustiosa situación.

ELV. Y cuál?

SOL. Si se pone en abierta rebelion con el soberano, negándose á dar cumplimiento á la cédula de don Alvaro, no podría su alteza indignado castigar con la muerte su oposicion?

ELV. Qué ideas tan siniestras!

GAR. Tranquilizaos. El rey no podrá entrar en Toledo por la fuerza de las armas, porque aun hay dentro de sus muras valientes que lo sabrían impedir; y de otra suerte nunca se atrevería don Juan á tocar ni un solo cabello del hombre que es el idolo de su patria.

ELV. Además, Sol, su resistencia no es al monarca, sino al favorito que hace tiempo odia el pueblo.

SOL. Apesar de vuestras palabras, siento una inquietud que no puedo vencer.

GAR. Dispensad, doña Elvira; tengo que recordar á Sarmiento un sagrado deber, y ya se hace tarde. Dónde podría hallarle?

ELV. Está encerrado con su secretario hace mas de dos horas en su estancia.

GAR. Deseo hablarle al momento.

ELV. Yo me retiro y haré que le avisen.

GAR. Me haréis un obsequio, que no sé cómo os lo podré agradecer.

ELV. Remitid los cumplidos. Sol, no me sigues?

SOL. Aquí me hallo bien!.. Me agrada tanto la frescura de este vergel, que desearia me dejaseis gozar de sus encantos breves instantes, y despues me apresuraré á correr á vuestros brazos.

ELV. Como gustes, Sol; pero no tardes. (*vase.*)

ESCENA III.

GARCIA, SOL.

SOL. Decidme, García, esperais que ese tumulto se disipe pronto?

GAR. Si Alonso Coto se aleja hoy mismo de la ciudad, no se moverá nadie, pero no confío en nada mientras se encuentre dentro de sus muros.

SOL. Y por qué es tal encarnizamiento contra ese hombre?

GAR. Porque es un traidor á su patria, pues siendo toledano y persona influyente en el pueblo por sus riquezas y posicion, ha aceptado el oneroso cargo de recaudar ese impuesto, que arbitrariamente manda

cobrar don Alvaro, y quiere con violencia cumplir su comision, atropellando él mismo con impudencia los sagrados derechos de sus conciudadanos.

SOL. Es posible, Dios mio, que los hombres se ocupen siempre de sus ideas de ambicion y esterminio, y funden su placer en aniquilarse?

GAR. Vos, doña Sol, no comprendéis sino los nobles sentimientos que se anidan en vuestro corazón candoroso. Como no abrigais en él mas ambicion que la de obtener el cariño de un padre, os sorprende que los hombres se combatan con obstinada furia; pero por desgracia hay en el mundo pasiones vehementes que arrastran al mortal hasta el crimen, tal vez contra los instintos de su alma.

SOL. Desgraciados aquellos que solo hallan placer en derramar la sangre de sus semejantes, y en ver correr el llanto de los desgraciados.

GAR. (Su inocencia afrenta mi maldad!)

ESCENA IV.

GARCIA, SOL, SARMIENTO.

SAR. Dios os guarde, García; acaban de decirme que me esperabais, y me he apresurado á venir... Hija mia!.. Cómo te sientes desde esta mañana?

SOL. Ya se disipó mi terror!

SAR. Gracias doy á Dios de verte salva de un inesperado peligro, y mi alma se inunda de placer! Tú eres mi vida, Sol, y si te perdiese, mi dolor me conduciría á la tumba! Mucho debo este día al jóven que se espuso tan atrevidamente por libertarte, y siempre tendré en la memoria su generosa accion. Tú no sabes quien es, hija mia?

SOL. Lo ignoro! (*turbada.*)

GAR. Tiene todas las trazas de un noble mancebo, aunque su traje es harto humilde.

SAR. El hombre tan solo es noble por sus hechos, y el de ese jóven le exalte á mis ojos.

SOL. (Ah! sus palabras me animan!)

SAR. Y bien, García, cual es el motivo porque me buscáis?

GAR. Necesito hablaros de cosas de importancia, y que exigen una pronta resolucion.

SAR. Os escucho.

ESCENA V.

Los mismos, TOVAR.

TOV. Señor! Celebro hallaros aquí.

SAR. Qué ocurre, Rodrigo?

TOV. Se da por muy seguro que el rey, instigado por don Alvaro, despues de haberse apoderado de Benavente, se acerca con sus huestes á Toledo.

GAR. Ya es inminente entonces el peligro.

SAR. Callad delante de mi hija. (*bajo á García.*) Sol; retirate á tu estancia, donde te está esperando con impaciencia mi hermana.

SOL. Os obedezco, padre mio. Pero guardad vuestra preciosa vida, porque tiemblo por vos en los terribles sucesos que se preparan.

SAR. Nada temas! Retirate tranquila; yo te aseguro que no corro ningun riesgo.

SOL. Queralo Dios!

SAR. Tovar, acompaña!a.

TOV. Con el mayor placer. Venid, doña Sol. Cuánto es mi gozo al contemplaros libre del ¡eligro que os amenazó esta mañana!

SOL. Gracias, Tovar! (*bajo al marcharse.*) Disteis á Fernando mi aviso?

TOV. Espera el mío para venir aquí. Dentro de poco vendremos á buscarle.

SOL. Cuán largos se me hacen los momentos.

TOV. Venid y tened confianza. (*vase.*)

ESCENA VI.

GARCIA, SARMIENTO.

GAR. Señor; es forzoso obrar con prontitud; ya habeis oído; mi recelo no fué en vano: el rey se acerca con intencion hostil, y el pueblo no consentirá nunca en pagar ese impuesto cruel!

SAR. En tanto que yo me halle al frente de Toledo, no sufrirán sus habitantes una humillacion tan villana! Sabré perder gustoso la existencia, antes que ver hollados los fueros de mi patria y su sacrosanta libertad.

GAR. Muy bien, Sarmiento! No esperaba yo menos de vuestro noble corazon! Pero qué pensais hacer en tan críticas circunstancias?

SAR. Lo que me ordenan el deber y el honor! El rey, engañado, alucinado por la astucia del pérfido don Alvaro, y subyugado por su falacia, como el pájaro incauto por la venenosa serpiente, viene á asediar una fiel poblacion, creyendo cumplir de esa manera el sagrado deber de monarca! Pues bien, yo á fuer de ciudadano leal, debo mostrar patente á sus ojos reales la verdad. Le haré ver que don Alvaro solo trata de hundir alevosamente su trono, y menoscabar su prestigio por satisfacer su villana ambicion! Con este objeto he escrito con mi secretario una súplica, que pienso remitir á don Juan, despues que la apruebe el concejo, manifestándole la notoria injusticia de la orden de su favorito, y la resolucion irrevocable de la ciudad, de resistirse á darla cumplimiento.

GAR. Idea feliz!

SAR. Le manifesto, que si se alza Toledo no es en contra de su legitimo soberano, á quien respeta y obedece, sino contra un tirano vil que se escuda con su nombre, para esclavizar indignamente á su patria!

GAR. Admiro, Sarmiento, vuestro valor y decision! Así es como debe obrarse, y no perder un solo momento. El concejo, segun vuestro mandato, se hallará ya reunido, y solo esperará vuestra presencia.

SAR. Primero es necesario que me informe de si es exacta la noticia que acaba de darnos Tovar, y examine bien el espíritu del pueblo para calcular si podrá ser vigorosa la resistencia. Despues vuelvo aquí para recoger la súplica que mi secretario queda estudiando, y que debe aprobar el concejo.

GAR. Vamos, pues.

SAR. Venid, y Dios preste su ayuda á la justa causa que defendemos.

GAR. La prestará, señor, porque jamás niega su apoyo al oprimido! (*vase.*)

ESCENA VII.

TOVAR, luego SOL.

TOV. No me engañé; se alejan ambos, y el campo queda por nosotros. Salid sin recelo, doña Sol; vuestro padre ha partido con Garcia.

SOL. Tovar, esto no es vivir! Siempre inquietud y zozobra cada vez que logro hablar á Fernando cortos instantes!

TOV. Qué diablo! No os desconsoléis de ese modo! Dios no puede menos de daros toda la felicidad que mereceis; porque teneis un alma cándida y hermosa.

SOL. Tovar, cuándo será ese dia, que espero en vano hace tanto tiempo?

TOV. Valor, doña Sol! Tal vez no esté lejano. Cuando vuestro amante se acoja á la fé santa de Jesucristo, no se negará vuestro padre á hacerlos dichosa, uniéndolos al objeto de vuestro cariño.

SOL. Mucho recelo que vuestros pronósticos no lleguen á cumplirse. Pero el tiempo corre veloz y le debemos aprovechar. Id y avisadle.

TOV. Al momento; y despues voy al concejo á esperar á vuestro padre, segun me encargó.

SOL. No os detengais.

TOV. Pero por la Virgen, sed mas prudentes que esta mañana, y no os dejéis sorprender á su vuelta.

SOL. Descuida.

TOV. El cielo os guarde. (*vase.*)

ESCENA VIII.

SOL, luego FERNANDO.

SOL. Tiene razon! Me estremezco pensando si llega á sorprendernos mi padre, cuál será mi turbacion... Dios mío, dadme vuestro favor, y protegéd benigno estos amores inocentes.

FER. Sol hermosa! Ansiaba verte para preguntarte si estás ya restablecida! Temo tanto perderte!

SOL. Tranquilízate, mi bien! El susto que recibí fué momentáneo y se ha disipado enteramente.

FER. El amor me condujo á esperar tu salida del templo, y el amor te libró de una muerte segura.

SOL. Ah! Cuánto debo á ese amor, cuyos sacrificios son inapreciables! Mi existencia toda, consagrada á adorarte, no sería bastante á recompensaros!

FER. Me agraviais con esas palabras, bien de mi corazon! Pues qué, no merece mucho mas que lo que por tí he hecho, esa abnegacion con que olvidádo de tu clase y de tu nombre, me consagras tu ternura?... Esa ternura que me enloquece, y con cuya posesion me creo mas feliz que el rey Mahomad de Granada con sus tesoros y su poder! Todo cuanto en el mundo existe, se me figura mezquino para ofrecerlo á tu hermosura, y daría con inmenso placer mi vida por la tuya!

SOL. Y será posible que Dios separe con crueldad dos almas que tanto se adoran?

FER. No nos separará; primero me faltará el aliento!

SOL. Escucha, Fernando; te he mandado venir porque es preciso que obremos con prontitud. La ciudad, segun ves, está agitada; y la tempestad no se hará esperar mucho tiempo, y es fuerza que hables á mi padre antes que los terribles acontecimientos que se preparan, hagan imposible la realizacion de tus deseos.

FER. Pues bien, ahora mismo! A qué mas dilaciones? Yo pediré á tu padre una espada para combatir á su lado en la próxima lucha, y mi cuerpo será el escudo de su existencia... Yo emplearé todo mi valor en merecerte con mis acciones, y si lo logro al fin, no ambiciono mayor felicidad!

SOL. Pero en este momento es imposible que hables á mi padre; acaba de salir.

FER. Yo volveré en breve, y sabré conmovier su corazon paterno. Si! Ten confianza, Sol! No será de mármol á nuestras súplicas, y consentirá al fin en unirnos ante las aras de tu Dios, que ya es el mío.

SOL. Ah! si así sucediese, cuánta ventura! Qué porvenir tan halagüeño se abriría delante de nosotros! Todos los gozes de la tierra concentrados en nuestros corazones! Todo el mundo en nosotros dos!.. Y hasta

morir, gozaríamos estasiados las auras embalsamadas del Eden!

FER. Si, mi sultana! Yo respiraría con delicia celestial tu puro aliento, y me embriagaría á cada instante con su aroma divino... En ti hijo mi pensamiento, y dedicado á adyuntarte, á una sola mirada prevendría tus menores deseos; siempre juntos, á quién envidiaríamos? A nadie, hermosa mía! Todos los esposos, por el contrario, tendrían celos de nuestra ventura! (*Sarmiento sale, y al oír á Sol queda en el fondo escuchando.*)

SOL. Y si ese porvenir tan delicioso se trueca en siniestro, tengamos al menos la esperanza de que nunca nuestras almas se verán desamadas.

FER. Nunca, amor mío, nunca! Ni la muerte podrá lograrlo, porque también hay amor mas allá de la tumba; y aun cuando en este mundo nos separasen con crueldad, su poder sería impotente en la mansion eterna, y á su pesar alcanzaríamos vivir unidos para siempre!

ESCENA IX.

SOL, FERNANDO, SARMIENTO.

SAR. Decís muy bien, mancebo! (*presentándose de pronto entre ambos.*)

SOL. (*Gran Dios!*) (*aterrado.*)

FER. (*Su padre!*) (*confundido.*)

SAR. Decís muy bien! El poder del hombre no pasa los límites de la esfera en que existe; pero mientras respira el aura de la vida, se halla en el deber de impedir que su honor, la joya de mas precio que le fué concedida, se vea mancillada con el vapor mas leve!

FER. Señor!..

SAR. No esperaba por cierto que hubiese nadie tan osado que profanase con impudencia mi morada, viniendo en medio de la oscuridad, á seducir vilmente el candor de mi hija!

FER. Eso no, caballero! No es mi amor tan impuro, y le calumnias con esa calificación! Yo idolatro á Sol con delirio, con una pasión casta y pura, y jamás ha cruzado mi mente la ignominiosa idea de empañar el cristal de su pureza!

SOL. Padre mío!..

SAR. Y tú le amas?

SOL. Ah, señor!

SAR. Habla!.. Di la verdad! (*con severidad.*)

SOL. Sí, señor!.. Mi pecho corresponde con vehemencia á su amor!

SAR. Conque es decir, que me has juzgado indigno de tu confianza, ocultándome tu pasión.

SOL. El respeto ha sellado mis labios.

SAR. No hallaste en mí, en todas ocasiones, el amigo mas bien que el padre? Ahora te ha faltado el valor para con él? Has creído que mi corazón es de bronce!.. Ah! qué mal me has juzgado!

SOL. (*Dios mío! Qué esperanza!*)

SAR. Os reconozco, jóvenes; vos salvásteis á Sol esta mañana, y la gratitud que os debo por tal acción, no disminuirá por vuestra osadía; aunque ahora conozco con dolor, que obrásteis impulsado por un egoísmo amoroso, y no por un noble sentimiento.

FER. Si mi amor me condujo al sitio donde corrió un peligro su existencia, y tuve tanta dicha, que espionando la mia, logre conservársela, no exijo ahora, como no exigi entonces, ninguna recompensa, porque deseo conseguirla por mis acciones y mi valor. Con este objeto vengo decidido á hablarlos, señor, porque quiero que me conozcáis tal cual soy.

SOL. Si, padre amado, escuchadle benigno, y tened presente que le amo y no puedo vivir sin su amor!

SAR. No me es posible oír en este instante, jóvenes, porque un deber sagrado reclama mi presencia fuera de aquí. Mañana podréis volver, y escucharé cuanto queráis decirme. He sido siempre humano y cariñoso para mi hija, y mi único anhelo es hacerla feliz. Si sois digno de ser su esposo, os daré con ella mi bendición!

SOL. Ah, padre mío! Vuestras palabras reaniman mi espíritu!

FER. Gracias, señor, por vuestra benevolencia!

SOL. Ten confianza, Fernando! Aun podemos ser venturosos!

FER. El cielo os guarde, caballero! Sol, vive persuadida que me hará digno de tu mano á los ojos del autor de tus días, ó dejaré de existir. (*vase.*)

ESCENA X.

SOL, SARMIENTO.

SAR. Sígueme en el instante, Sol; abandona un sitio, donde no debiera haberte encontrado!

SOL. Perdona generoso una imprudencia involuntaria!

SAR. Lo que no te perdonaré jamás, es la reserva que has usado conmigo, porque con ella me has hecho un hondo agravio!

SOL. No culpeis mi recelo en llegar á hablaros, porque aun no sabéis el secreto de Fernando.

SAR. Basta! Elvira te espera, y los momentos son preciosos para mí.

SOL. (*Dios eterno! Confío en vuestra misericordia!*) (*vanse.*)

ESCENA XI.

GARCIA, luego TORANZOS.

GAR. Por fin se aleja! Este es el instante oportuno. (*va al fondo y hace señas para que entre Toranzos.*)

TOR. Estamos solos?

GAR. Sí; Sarmiento ha vuelto á su casa á recoger y firmar un papel que su secretario debe entregarle, y me ha ordenado le espere en este jardín; en tanto podeis hablar con confianza.

TOR. Muy bien! Averiguaste dónde habita el mancebo que te mandé seguir?

GAR. No le volví á ver, hasta ahora, que al entrar observé que salía de aquí.

TOR. No importa; yo mismo lo averiguaré. Ahora, amigo, es preciso que nos entendamos.

GAR. Hablad.

TOR. No sospechas por qué acepté gustoso tu propuesta de que hablásemos en casa de Sarmiento?

GAR. Es el sitio donde podemos infundir menos sospechas.

TOR. Garcia! Otro cualquiera en mi lugar hubiese visto en esta cita una emboscada; pero yo no puedo sospechar de ti tan torpe acción, porque estoy convencido de que eres muy previsor, y conoces que no me puedes delatar sin perderte. Además, me convenia mucho para mi plan introducirme en esta casa cuanto antes, y tu propuesta llenaba mi propósito cumplidamente.

GAR. Podré saber vuestros intentos?

TOR. Lo primero que necesito es tener una entrevista con Sarmiento.

GAR. Estáis en vos?

TOR. Qué te sorprende? Yo debo vindicar mi honor á la faz del mundo, y para conseguirlo me es forzoso

obligar á Sarmiento á poner su firma en una carta, que tengo escrita á prevención, en la cual se acusa de haber falsificado el documento por el cual obtuvo su justificación, para librarse de la mancha que le cubría, y de ser él el verdadero regicida.

GAR. Y creéis tan fácil obligarle á firmar esa carta? Don Diego, no lo conseguiréis.

TOR. Para eso precisamente necesito tu ayuda.

GAR. No estás ya fatigado, Toranzos, de intrigas y de crímenes? Por qué no habeis permanecido en Granada?

TOR. Porque la fatalidad me persigue, y en lucha con ella, he de ver si salgo vencedor. El nuevo rey Mahomad, al destronar á su tío, persiguió de muerte á todos sus favoritos, y yo tuve que huir... A dónde dirigirme? Aragón me hubiera dado asilo, pero en Castilla había un ser que me atraía á mi pesar, y resuelto á venir en su busca, no me quedaba mas arbitrio que ver el medio mas seguro de pisar el suelo de mi patria, sin que peligrase mi cabeza. El demonio, que siempre me inspira, me ha sugerido el que te acabo de indicar.

GAR. Desechad esa idea irrealizable, y partid á Aragón; yo os facilitaré los medios de llegar salvo de todo riesgo á la frontera.

TOR. No es posible, García. Mira, mi corazón no es tan perverso como tú crees... A mi pesar me ha envuelto el destino en una red, que no me es posible quebrar, y de exceso en exceso me ha impulsado hasta el crimen, sin que yo quisiera seguir adelante; pero su fuerza irresistible me empujaba violentamente, y aturdido marchaba sin detenerme. Resuelto á morir tranquilo lejos de mi patria, un suceso imprevisto me atrae á ella de nuevo, y ya no debo retroceder.

GAR. Pero qué es lo que esperais de mí?

TOR. Es cierto que tiene una hija Sarmiento, joven y hermosa?

GAR. Sí.

TOR. Y él la quiere mucho?

GAR. Con delirio.

TOR. Escucha lo que exijo de tí. Es forzoso que te apoderes de ella esta misma noche; que la conduzcas á una casa solitaria, y te halles pronto á darla muerte á una señal convenida. De ese modo lograré que Sarmiento acceda á firmar, porque sabrá que de su repulsa se ballará pendiente la existencia de su hija.

GAR. Oh! eso es demasiado, don Diego! Jamás accederé á tomar parte en tan odiosa maquinación, y antes que ser cómplice, prefiero ser delator.

TOR. Te he dicho esta mañana, que venia prevenido para todo, y que todo lo tenia previsto. Conoces estas cartas? (mostrándole varias.)

GAR. Gran Dios! (acercándose y reconociéndolas.)

TOR. Estas son las que me escribiste hace veinte años, cuando yo estaba en Aragón á negociaciones con su monarca; en ellas se prueba tu complicidad en todos mis delitos de aquella época; en ellas está tu existencia! Delátame y yo las presentaré á mis jueces, y y tu cabeza y la mia rodarán juntas en el cadalso.

GAR. (Oh rabia!)

TOR. Por el contrario; si accedes á servirme, te las devolveré, y te daré con ellas además el oro suficiente para que nades en la abundancia. Elige pronto entre morir en un suplicio, ó ser poderoso y considerado.

GAR. Hombre execrable! El infierno te arroja ante mi paso para perder mi alma!

TOR. Elige.

GAR. Te olvidas que al ponerme en tan cruel alternativa, me lanzas en la desesperación? Esas cartas con que amenazas con tanta altivez... yo te las arrancaré con la vida. (desnuda el puñal, se lanza á Toranzos y le dá una puñalada en el pecho. El puñal resbala, Toranzos queda inmóvil y García petrificado.)

TOR. Insensato! (cojiéndole del brazo con calma.)

GAR. Ah! Maldición! (aterrado.)

TOR. (quitándole el puñal con frialdad.) Tenia previsto este golpe, porque te conozco demasiado, y venia provisto de una cota de malla debajo de mi traje. (se la muestra.)

GAR. (Oh desesperación! Estoy perdido!)

TOR. No tienes mas arbitrio que ser mio, ó del verdugo!

GAR. Pues bien... seré vuestro, ya que el averno lo dispone así!

TOR. Muy bien! Por fin te veo razonable. Aun podemos ser venturosos y, y unirnos con amistad eterna.

GAR. Hablad... disponed de mí! Qué quereis que haga?

TOR. Necesito hablar al instante á Sarmiento; condúcele hácia aquí, y despues apodérate de su hija.

GAR. Os obedeceré... Pero esperad... (mirando por la izquierda.) él viene.

TOR. Concluye pronto y déjale solo conmigo; en tanto esperaré tras estos arbustos. (se oculta tras los rosales.)

GAR. (Pues mi destino quiere que sea criminal, cumpliré sus decretos!)

ESCENA XII.

GARCIA, SARMIENTO, TORANZOS, *oculto*.

SAR. Partamos, García; nos espera el conejo y debo llevarle este pliego.

GAR. Espero vuestras órdenes. (se dirigen al foro.)

TOR. (Se van!... Atajaré sus pasos...) (va á salir al encuentro de García y Sarmiento.)

VOCES (dentro). Muera Coto, muera! (se oye un tumulto próximo.)

SAR. Esas voces tan cerca!... (se detiene.)

GAR. (mirando por la puerta del foro.) Alonso Coto viene con sus parciales á este jardín.

SAR. Y se atreve?...

TOR. (Alguien viene! Esperemos...)

ESCENA XIII.

Los mismos, ALONSO COTO, caballeros.

COTO. Pero Sarmiento, á dónde vais? (bajan al proscenio todos.)

SAR. Quisiera saber con qué derecho me hace esa pregunta en mi casa, el noble Alonso Coto?

COTO. Porque me es fuerza averiguar si es cierto lo que acabo de oír ahora mismo.

SAR. Qué habeis oído, Coto?

COTO. Que vais á escitar al conejo á la rebelion contra su rey, obligándole á negarse al cumplimiento de la orden que me ha sido enviada.

SAR. Es cierto, don Alonso, tal es mi firme resolución! Jamás consentiré que se viole la ley y se atropelle al pueblo toledano.

COTO. Ved lo que haceis, Sarmiento; os declarais rebelde á vuestro legitimo señor.

SAR. Yo solo me rebelo contra un favorito insolente.

COTO. Reflexionad bien las consecuencias de vuestra negativa. Un ejército puede venir en breve á pedirnos cuenta de vuestras acciones, y vos únicamente seréis responsable de la sangre que se derrame en lucha tan impia.

SAR. Nada me arredra! Si se derrama sangre, será en justa defensa de nuestros fueros y nuestra libertad, y toda ella caerá gota á gota sobre la cabeza del vil que pretende tiranizarnos!

COTO. El rey autoriza esta orden (*mostrando un pergamino.*)

SAR. Y yo quiero impedir que el rey cometa una debilidad, mostrándole el abismo que abre á sus pies el orgulloso don Alvaro.

ESCENA XIV.

Los mismos, UN OBRERO, pueblo.

OBRE. Aquí está, compañeros! (*entrando en tropel señalando á Coto.*) Muera el traidor!

TODOS. Muera! (*se lanzan á Coto.*)

SAR. Deteneos! (*interponiéndose y conteniéndolos.*)

OBRE. Es un Judas, señor!

SAR. Respetad mi morada... y decidme lo que os irrita así.

OBRE. Señor, nosotros os respetamos siempre... pero ese infame quiere romper nuestras sagradas leyes... y yo, simple obrero de esta ciudad, aclamado por jefe del pueblo, vengo en persecucion suya para castigar su traicion.

SAR. No es con sangre, hijos míos, con lo que debeis hacer respetar vuestras leyes.

OBRE. Decidnos, Pero Sarmiento, estais en nuestro favor?

SAR. Podeis dardarlo? Hasta morir!

OBRE. Pues bien; sed nuestro gefe... todos os aclamamos, no es cierto, amigos?

TODOS. Si, si!

SAR. Acepto con orgullo tan alto honor, y dichoso mil veces si muero en defensa del oprimido!

OBRE. Viva Pero Sarmiento!

TODOS. Viva!

OBRE. Ese perverso Coto quiere echar las cadenas á nuestros cuellos... Muera el tirano!

TODOS. Muera!

OBRE. No se debe consentir la traicion en Toledo! Ese cobarde es un hijo bastardo de esta noble ciudad... Un vil que deshonor á su patria, y debe morir á nuestros manos!

COTO. Que audacia!

SAR. No quiero que se manche con un crimen la santidad de nuestra causa. Pero teneis razon en querer estirpar la tracion de este suelo leal. Coto sera espulsado de Toledo ahora mismo.

COTO. Qué oigo!.. Con qué derecho?..

OBRE. Y se atreve á hablar todavia?... Perro; vas á morir! (*se lanza á él.*)

SAR. Déjale, amigos míos! (*conteniéndole.*) Yo os juro que el impasto no se cobrará!

OBRE. Bien! Eso, eso!

TODOS. Viva.

ESCENA XV.

Los mismos, TOVAR, soldados.

TOV. Señor, un corredor acaba de llegar y nos ha dicho que el rey con sus huestes está ya cerca de Toledo. Yo he venido presuroso con algunos soldados, por si os son necesarios.

COTO. Ah! Pronto os arrepentireis de vuestra violencia y rebeldia!

OBRE. Calla, miserable, ó te arrancamos esa lengua infame!

SAR. Dios decidirá! Yo espero que nos será propicio,

porque defendemos la justicia.

OBRE. Si... si!

SAR. Amigos! Es fuerza acudir á las armas y correr presurosos á los muros, cerrando las puertas de la ciudad á las tropas del soberano. Vos, Coto, saldréis al punto de este recinto.

OBRE. No, no! Es necesario que muera!

TODOS. Si, muera!

SAR. Atras! Es preciso que vaya acompañado por uno de vosotros hasta alcanzar el ejército real... Al ver al rey, le direis, don Alonso, que Toledo le será franqueada y acatará con sumision sus órdenes, siempre que retire el impuesto.

OBRE. Y quién ha de ir en compania de ese hombre? Ninguno! No es cierto que os negais á ir con él?

TODOS. Si, si!

COTO. Ni yo fio mi vida á ninguno de vosotros.

TOV. Sellad el libro!.. En este pueblo no hay traidores. Por eso se niegan á ir en vuestra compania, porque temen les manche vuestro contacto!

SAR. Y qué; no habrá ninguno que quiera acompañarle?

ESCENA XVI.

Los mismos, FERNANDO.

FER. Yo le acompañaré.

TODOS. Vos?

OBRE. Y quién sois vos?

FER. Un hombre que está pronto á morir en defensa de vuestros derechos.

SAR. Muy bien! Os conozco y acepto vuestra oferta. La aceptais vosotros tambien?

TODOS. Si, si!

COTO. Y yo me avengo á partir en su compania. Partamos.

FER. Venid, pues. (*van á salir, Toranzos se presenta y los detiene.*)

ESCENA XVII.

Los mismos, TORANZOS.

TOR. Un instante! (*sorpresa general. Tovar al verle se queda mirándole fijamente.*)

TOV. Qué veo!.... Ese rostro!.... (*queriendo reconocerle.*)

SAR. Qué quereis? Quién sois?

TOR. Quien viene á haceros ver que no podeis aceptar los servicios de ese mancebo, porque yo vengo á reclamarle como fugado de la casa paterna de Granada.

FER. (Gran Dios!)

TOR. Ese joven es mahometano.

SAR. Como!

TOR. (No es ilustre!) (*mirando siempre á Toranzos.*)

OBRE. Es cierto?

SAR. Y qué pruebas teneis de lo que afirmáis?

TOR. Apelo á su honor! Es verdad lo que acabo de decir? (*a Fernando.*)

FER. No lo puedo negar.

SAR. (a Toranzos.) Caballero; vuestro rostro no me es desconocido. Recuerdo haberos visto antes de ahora.

TOV. (a Sarmiento.) (Si.... él es; no tengo duda!...) Señor, prended á ese hombre... (*señalando á Toranzos y con resolucion.*) Ese fué el que me hirió hace veinte años... es el regicida Toranzos!

TODOS. Regicida!

SAR. Es posible!

TOR. Calumnia infame!

GAR. (Se ha perdido!)
OBRE. Señor, es necesario no perder un instante... Debemos ir á nuestros puestos.
SAR. Si, decís bien! (mirando á Toranzos.) (Yo averiguaré la verdad.) Tovar, tu vas á acompañar á Coto!
TOV. Yo, señor?... Y quereis?...
SAR. Silencio y obedeece!
TOV. (Viven los cielos! Yo volveré para vengarme!)
COTO. Partamos, pues. Sarmiento, en breve tornaré vencedor!
TOV. Anda, y cuidado conmigo! (rase los dos.)
GAR. Es fuerza obrar con premura, Sarmiento, porque el rey se aproxima.
SAR. Salid con estos valientes; cerrad las puertas y distribuirlos de modo que la defensa pueda ser vigorosa.
OBRE. Si, si; vamos al punto! A las armas, amigos!
TOVOS. A las armas!
SAR. Soldados, prended á ese hombre! (señalando á Toranzos. Los soldados le rodean y le quitan la espada.)
TOV. Mirad que es un error.
SAR. Lo aclarareis mas tarde! Compañeros, si es preciso lidiar, mostraos dignos del suelo en que nacisteis, y la victoria será vuestra!
OBRE. No temais que nos falte el valor! Viva Pero Sarmiento!
TOVOS. Viva!
OBRE. A las murallas!
TOVOS. A las murallas!
GAR. Seguidme.
TOV. No olvides mis órdenes. (aparte á Garcia al salir, que se va con el obrero y el pueblo por el fondo.)

ESCENA XVIII.

Los mismos, FERNANDO, TORANZOS.

FER. Yo tambien voy á compartir con ellos la gloria ó la derrota.
SAR. Teneos un instante! Deseo me digais por qué razon siendo musulman, quereis tomar parte en las luchas de los cristianos.
FER. Porque una voz en mi pecho me grita sin cesar, que mi religion es la vuestra, y quiero hacermela digno de abrazarla, y de aquella por quien suspiro.
SAR. Pues bien, si tal es vuestro anhelo, partid á reunirnos á esos valientes; si mañana se trava la lid, distinguíos en ella, y tal vez veais cumplida vuestra ambicion.
FER. Ah! mi brazo será invencible con tan dulce esperanza! (vá á salir y Toranzos le detiene.)
TOV. Por última vez, joven audaz, os prohibo salir.
FER. Y yo me niego á obedeceros. (con resolucion.)

ESCENA XIX.

Los mismos, SOL, ELVIRA.

SOL. Soldad, dejadme! Es él! (desasiéndose de Elvira que la contiene.)
ELV. (Imprudente!)
FER. Sol!
SAR. Hija mia!
SOL. Ah, señor!... Padre mio! Devolvedle su libertad!
FER. Mi libertad!
SAR. Tranquilizate, Sol; nadie ha atentado á ella. El que se halla aqui preso, es ese hombre, que (por Toranzos.) hace veinte años se creia muerto, y fue el que quiso quitar la vida á nuestro rey... El infame

que me calumnió y que el cielo pone hoy en mi poder!
ELV. Gran Dios! (mirando con atencion á Toranzos y reconociéndole.) Es ilusion! (aparte á Sarmiento.) El es, Sarmiento, él es, el cobarde que mancilló mi honor!
SAR. (aparte á Elvira.) Justicia divina! No en vano creia haber visto otra vez su rostro.. Si, le vi en la granja de Tovar, cuando me hallaba oculto en ella!.. (Gracias, Dios mio, que me proporcionais cobrar á un tiempo un honor y el de mi hermana!)
TOV. (Es ella, y me ha reconocido!)
FER. (Qué misterio!)
SAR. Joven, marchad y el cielo os favorezca!
FER. El me dará valor!
TOV. Vos no saldreis de aqui. Tengo derechos á vuestra obediencia, que me hallo decidido á hacer respetar.
SAR. Yo los anulo por ahora, y en breve sabré si son valederos.
SOL. Fernando! Piensa que mi mano es el galardón de tus acciones!
FER. No lo olvidaré ni un instante.
ELV. (ap. á Sarmiento.) Sarmiento, vengame del traidor!
SAR. (ap. á Elvira.) Serás vengada, Elvira! (á los soldados.) Conducid á ese hombre á un aposento retirado, y vigiladle con la mayor severidad.
TOV. Insensato! Muy pronto me alzaré vencedor! Y tú, mancho osado, tiembala de mis rigores!
SAR. Miserable!.. Llevadle! (los soldados se llevan á Toranzos.)
ELV. (Y no poder echarle en cara su maldad!)
FER. Desprecio las amenazas de ese hombre!
SOL. A Dios, Fernando, á Dios!
FER. Sol, yo te juro que sabré merecerte, ó pereceré en la demanla. (rase.)
ELV. Hermano mio!
SAR. Confíad en mí entrambas. Un Dios justo me dará su favor para labrar vuestra felicidad! (se disponen á entrar en la casa, y cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO.

Un salon en casa de Sarmiento; un balcon al fondo, por el que se ve parte de la ciudad. Dos puertas en la derecha que dan salida á la calle; otras dos en la izquierda que comunican con las habitaciones interiores. Una mesa con tapete, escribanía y pergaminos. Un sillón.

ESCENA PRIMERA.

SOL, ELVIRA.

ELV. Siempre un nuevo motivo de pesar? Nunca se pinta la esperanza en tu rostro!
SOL. Es culpa mia que la desgracia agrupe á mi alrededor la desolacion y el peligro?
ELV. Pero tu mente le abulta y dá proporciones gigantescas á lo que tal vez no tenga la consecuencia mas leve. ¿Por qué ha de atormentarte de ese modo la salida que han hecho de la ciudad esta mañana sus valerosos defensores, para contener el impetu de las tropas reales que avanzaban hácia Toledo con ánimo de entrar!
SOL. Por qué, me preguntais? Acaso no sabeis que mi existencia está unida á la de Fernando, y que este, ansioso de conseguir laureles, ha partido con los que salieron á combatir?

ELV. Y tu recelas?..

SOL. Que á estas horas la muerte!..

ELV. Por qué has de presumir lo mas funesto, hija mia? No puede tambien volver vencedor y con un título mas á tu cariño?

SOL. Esa sería mi felicidad, y la felicidad hace tiempo que huye de mí. El corazón me preságia un infortunio, al que no podré sobrevivir.

ELV. No pienses en la muerte, Sol, porque sin ti, qué haría en el mundo tu madre? Ah! tú no sabes, pobre inocente, que las desgracias no matan! Yo he sufrido mucho desde mis tiernos años, y Dios me ha dado fuerzas para resistir, y vivo aun, sin saber lo que me resta que padecer. Tu muerte, hija del alma, sería para mí el dolor mas agudo de cuantos el cielo me pudiera enviar, y no sé si podría sobrellevarle. Consuélate y ten confianza... Tal vez en breve veas trocado el negro porvenir que tu imaginación te pinta, en delicias y felicidad.

SOL. Ah, madre mia! Si no fuera por vuestros consuelos, por vuestro amor, la desesperación me hubiera vuelto loco!

ESCENA II.

SOL, ELVIRA, SARMIENTO.

SAR. Aun nada!.. Esta incertidumbre es cruel!

SOL. Ah, padre mio! Qué es lo que ocurre? Vuestro semblante denota algun pesar?

ELV. Qué tienes, Sarmiento?

SAR. Que no llegan noticias de la lucha que se trabó esta mañana fuera de los muros, y el resultado me trae inquieto y lleno de temor.

ELV. Y por qué, hermano mio, diste esa orden fatal de que saliesen á afrontar á las huestes del rey?

SAR. Y qué otro recurso me quedaba? El rey mandó que avanzasen los suyos, y mi deber era impedirles que llegasen hasta las puertas de la ciudad. La lid se trabó encarnizada, pero ninguno de los que salieron ha vuelto á Toledo, y hace ya doce horas que se empezó el combate.

ELV. Contestó el monarca al mensaje que diste á Coto ayer?

SAR. Su respuesta fué mandar entrar en Toledo á sus soldados; pero ha visto que sus habitantes se hallaban prevenidos para rechazar su insolencia. Esta mañana ha aprobado por fin el concejo el escrito que yo le presenté, y que voy á enviar á don Juan. Sino accede á nuestra justa demanda, sabrán morir todos mis compatriotas, antes que ver hollados torpemente sus sagrados derechos.

SOL. Esa lucha cruel, es para mí un tormento, porque peligras en ella...

SAR. Te comprendo, hija mia! Pero recuerda que si quiere ese joven obtener tu mano, debe merecerla por su valor. No lamentos que vaya á combatir para alcanzar la gloria que le falta.

SOL. Será posible, Dios eterno! No rechazais al hombre que idolatro? Me atreveré á esperar que algun dia consentiréis en verme feliz á su lado?

SAR. No me dejes arrastrar, hija mia, como otros muchos, por una indigna preocupacion. Si ha nacido tu amante en las creencias de Mahoma, cuando las abjures ante los altares del verdadero Dios, será purificado de esa mancha con el agua sagrada del bautismo; si le falta un nombre y con su valor logra adquirirlo, es tan grande a mis ojos el que se hace noble por sus acciones, como el que nace en elevada cuna, y ostenta los blasones que le legaran sus abuelos; si le faltan

riquezas, las mías son bastante suficientes para que á nadie tengas que envidiar en el mundo... y sobre todo, Sol querida, mi cariño hácia ti me impulsa á no mirar mas que tu bienestar y tu ventura!

SOL. Al escucharnos, padre mio, lloro de júbilo, y no se como recompensar vuestra ternura.

SAR. Amándome como hasta aqui! *(la abraza.)*

ELV. Qué noble eres, hermano! Ves, Sol, lo que te decía hace poco? Jamás debe desconfiarse de la misericordia divina!

ESCENA III.

Los mismos, TOVAR.

Tov. Señor?... *(Las dos aqui!) (viene algo triste.)*

SOL. Qué nuevas traéis, Tovar?

SAR. Ocorre algo?

ELV. Sacadnos de esta incertidumbre.

SAR. Tu rostro esta alterado?

Tov. Es que ..

SAR. Dudas de nuestro valor? Si es una nueva infamia, la oiremos resignados... habla sin detencion.

Tov. La noticia que tengo que daros á vos, señor, es que la gente que salio esta mañana acaba de volver victoriosa, y los del rey han sido rechazados.

SAR. Y era eso lo que no querias decir? Qué mayor placer pudiera darme, cuando mi pecho oprimido temia una derrota? Así conocerá nuestro monarca, que aun hay valientes dentro de estas murallas; y quizá esta lección sirva de mucho para que acceda á la petición que voy á remitirle.

SOL. Tovar!.. *(preguntándole con los ojos.)*

Tov. Doña Sol!.. *(con tristeza, comprendiéndola.)*

ELV. Habla, Fernando?..

Tov. Fernando... *(sin atreverse á continuar.)*

SOL. Acaba. *(con ansiedad.)*

SAR. Qué ha sido de él?

ELV. Ha vuelto?

SOL. No señora!

SOL. *(con recelo.)* Ah! Qué dices!.. Tal vez...

Tov. Segun han dicho... Vamos, yo no me atrevo...

SOL. Si; ya adivino!.. *(con la mayor angustia.)*

SAR. Ha muerto! *(á Tovar que oculta el rostro: Sol lo ve y dice desolada.)*

SOL. Ah! *(cayendo desmayada.)*

ELV. ¡Infeliz! *(acudiendo en su auxilio.)*

SAR. Hija mia! *(id.)*

Tov. Pobre señora! He aqui la nueva que alteraba mi rostro, y que no queria daros.

ELV. Dios mio! Cuando os cansareis de oprimirnos con vuestra cólera!

SAR. Ya vuelvel... Sol, hija mia!

Tov. *(Qué lástima de joven!.. Un alma que ya estaba conyectada!)*

SOL. *(con dolor.)* Desdichada de mí!.. Ha muerto, padre mio!.. Ha muerto!.. Qué esperanza me resta ya en el mundo?

SAR. Te queda un padre que te adora!

ELV. Y en mí, Sol, una segunda madre que dará su aliento por consolarte!

SOL. Ah! No en vano mi corazón me anunciaba una gran desgracia!

ELV. Ven conmigo a tu estancia, y pide al cielo que te conceda resignacion.

SOL. Vamos donde gasteis! El llanto será mi único consuelo, y mi alma desgarrada no puede hallar alivio en ninguna parte. *(cáse con Elvira.)*

ESCENA IV.

SARMIENTO, TOVAR.

TOV. (lloroso.) Vamos!.. Yo no soy para oír llorar de ese modo!

SAR. Es necesario que nos conformemos con la voluntad del Señor.

TOV. Pero es que yo siento su dolor tanto como ella... y lloro como un niño, y daría gustoso mi sangre por consolarla!

SAR. Ya sé, buen Tovar, cuanto es tu cariño y cuanta tu lealtad para con nosotros, y por ello te estoy agradecido con toda el alma! Siempre te has sacrificado por mí, y te debo inmensos favores... Mas no debemos olvidar nuestros deberes.

TOV. Decis muy bien! La patria antes que todo.

SAR. Vas á partir inmediatamente á llevar al rey este pliego, que debe decidir la paz ó la guerra entre Toledo y él!

TOV. Señor, me atrevería á pedirnos una gracia.

SAR. Habla.

TOV. Quisiera que me relevaseis de ese encargo, porque en medio de los disgustos que me rodean, el único placer que pudiera gozar, sería tomar venganza del cobarde que tenéis preso, y que me hirió tan alevosamente.

SAR. Cómo! Tú quieres?..

TOV. Escupirle en el rostro y cruzar mi acero con él!.. Estoy seguro de hundirlo en su vil corazón!

SAR. Tovar! Déjame obrar en este asunto. Qué conseguirás con su muerte? Una estéril venganza que nada llegaría á reparar. Reflexiona que ese hombre me debe el honor de mi querida hermana.

TOV. Tenéis razón!.. Es cierto! Perdonad mi olvido, señor; vos mejor que yo sabreis vengar tantas injurias en ese bribón.

SAR. Pues bien, parte al instante; el tiempo vuela y no se debe de desperdiciar. Toma este pergamino; en él indico también á su alteza que ha sido hallado al fin el cobarde que asestó un puñal á su régia persona, y que si accede á mis instancias, al entrar en Toledo pondré á su disposición al regicida para que haga de él lo que mas le plazca.

TOV. Muy bien hecho, señor! Voy al instante.

SAR. Espera. Antes de partir avisa á un sacerdote para que venga sin perder un momento, porque me es muy preciso en esta situación.

TOV. Pensais disponer para la muerte á Toranzos?

SAR. No; es para un fin que ahora no puedes comprender. Parte, Tovar, y vuelve con presteza.

TOV. Descuidad. (Por mi nombre que ese malvado debía morir en una hoguera!) (vase.)

ESCENA V

SARMIENTO, luego GARCIA.

SAR. Yo voy en tanto á recorrer los muros para ver si están vigilantes los centinelas, y si hay alguna novedad en la población.

GAR. Señor?

SAR. Qué ocurre?

GAR. Según por las observaciones hechas, hemos podido calcular, el rey piensa asediar á Toledo.

SAR. Luego el asalto que se temía?..

GAR. Creo que no se atreve á tanto. La prueba de que no piensa en ello, es que la hueste que avanzó hacia aquí esta mañana, se ha replegado de nuevo al hospital de San Lázaro, donde el rey se encuentra aposentado.

SAR. Espero que todo termine felizmente, si acepta don Juan el mensaje que acabo de enviarle.

GAR. Quíerale el cielo!

SAR. Mi presencia es precisa en las murallas, para que todos estén alerta al menor movimiento de las tropas reales, pues también pudiera ser un ardid su repentina retirada.

GAR. Estoy persuadido que el rey no intentará nada contra la ciudad, no teniendo á su lado á su pérfido favorito.

SAR. No obstante, yo debo prevenir todo riesgo!.. Interin vuelvo, id vos, Garcia, á la estancia donde se halla preso Toranzos; los guardias que le custodian tienen orden mia de no dejar entrar á nadie mas que á vos. Decidle que su enemigo es generoso, y puede aun salvarle del cadalso, si accede á lo que piensa proponerle. Decidle que medite bien su situación, y espere confiado mi vuelta. No dudo que sabreis servirme con el mismo celo que siempre, y dispondreis su ánimo favorablemente, á fin de que acceda á mi propuesta, que será ventajosa para él, y evitará el escándalo de una ruidosa ejecución.

GAR. Sarmiento, podeis confiar en mi fidelidad.

SAR. Pues id al punto.

GAR. Voy sin tardanza. (vase.)

ESCENA VI.

SARMIENTO, ELYRA.

SAR. Quiera Dios ayudarme, para que mi plan se realice!..

ELY. Sarmiento!

SAR. Hermana mia!

ELY. Oye un instante.

SAR. Habla, pero sé breve; cuidados urgentes me llaman fuera de aquí.

ELY. No te detendré mucho tiempo; el necesario únicamente para decirte, que espero de tí con ansiedad la reparacion de mi herida, porque yo no puedo por mas tiempo privar de un nombre y de una madre á esa niña desventurada, que ha nacido para sufrir.

SAR. Hoy mismo lo lograrás todo, Elyra; acabo de avisar á un sacerdote, para que os una esta noche, que ya no se hará esperar mucho, en la capilla de este palacio. Asi que te dé el nombre de esposo, para evitar que caiga sobre nuestra familia la mancha de su crimen, le facilitaré la huida, y despues pediré al soberano un perdon que espero me será concedido.

ELY. Gracias, hermano mio, gracias! Mi hija podrá ser mas feliz que su madre! En cuanto termine la santa ceremonia, iré á encerrarme en un claustro, para llorar en él mi desgracia y mi abandono, porque no puedo presentarme á los ojos del mundo!

SAR. Infeliz hermana! Bien has espiado un instante de extravío! Dios nos dé su favor en afliccion tan honda! (vase.)

ESCENA VII.

ELYRA.

Solo por el fruto inocente de mi falta, deseo vivir... Sin ella ya la desesperacion hubiese armado mi mano en contra mia. Si; mejor hubiera sido bajar á la tumba, que sufrir tan crueles humillaciones!

ESCENA VIII.

ELYRA, SOL.

SOL. Madre mia!.. Os encuentro por fin!

ELV. Qué me quieres, hija del alma?

SOL. Estar á vuestro lado; buscar en vuestro regazo, en vuestras amorosas expresiones, la quietud que ha huido hace tiempo de mí; verter mi llanto doloroso en vuestro seno maternal, porque así mi corazón respira con menos angustia, y mi dolor es menos intenso!

ELV. El mío, Sol, es desgarrador al contemplar tu llanto, y al verte padecer! Pero Dios nos envía tantas calamidades para purificarnos y hacernos dignos de su misericordia eterna! En medio de tanta aflicción, permite que nuestro llanto se confunda, y que podamos juntas lamentar nuestra pena asoladora.

SOL. Ah, madre mía!... Madre mía!.. Para mí ya no hay consuelo en la tierra!

ELV. Silencio, Sol; alguien se acerca... Ocultemos al mundo nuestro pesar.

ESCENA IX.

ELVIRA, SOL, GARCIA.

GAR. ¡Juntas! Qué horrible situación la mía!.. Pero no tengo otro camino... Me es necesario cumplir las órdenes que me acaba de dar don Diego.)

ELV. García, venis de hablar al preso?

GAR. Sí señora.

ELV. Sé que venis de su aposento, porque cuando salí a esta sala en busca de mi hermano, oí que os mandaban ir a verle.

GAR. No os engañasteis. Me encargó que le inclinase á acceder á sus deseos, y acaba de asegurarme que está dispuesto á hacer lo que exija con una sola condición por su parte.

ELV. Y cuál?

GAR. Solo quiere decirlo á vuestro mismo hermano.

ELV. (Ah! Necesito verle!.. Necesito oír de su boca mi sentencia.) Sol, espérame cortos momentos.... En breve volveré á tu lado. (vase.)

ESCENA X.

SOL, GARCIA.

GAR. (Esta es la ocasión!)

SOL. Decídmelo, García, y no os estrañe mi ansiedad; es cierto que el jóven que me salvó ayer, que Fernando ha sido muerto esta mañana por las tropas del rey?

GAR. (El infierno me ayuda!) Mucho siento desgarrar vuestro corazón; por desdicha yo mismo acabo de ver hace poco su cadáver.

SOL. Vos le habeis visto?... Ah! Yo tambien quiero verle por la última vez!... Yo quiero darle el último á Dios, y banar con mis lágrimas su rostro inanimado!

GAR. ¡Dona Sol!

SOL. En vano procurareis disuadirme de esta idea!.. Si vos sabéis donde está su cadáver, llevadme al punto, y os deberé la vida.

GAR. Pues es tan firme vuestra resolución, os conduciré a casa de Coto, donde le he mandado trasladar, por hallarse sola desde la partida de su dueño.

SOL. Ya tardas, García, ya tardas! La impaciencia oprime mi pecho!

GAR. Seguídmelo, pero prometedme que nadie sabrá....

SOL. Os lo juro!

GAR. Venid. (van á salir por la primera puerta de la derecha y se detienen.) Qué contratiempo!... Vuestro padre...

SOL. (indicando la segunda puerta de la derecha.) Por aquí! Este pasadizo nos dará salida sin que nos vea.

GAR. Apresúrense. (vanse por la puerta segunda de la derecha.)

ESCENA XI.

SARMIENTO, luego UN CRIADO.

SAR. Todo está en órden! El ánimo de los defensores de Toledo no decaerá por ningún peligro, y el rey puede, si quiere, intentar un asalto, que sus huestes quedarán sepultadas bajo los muros de esta ciudad. Ya que he cumplido con mi patria como soldado, voy como hombre á devolver su lustre á mi honor mancillado. ¡Hola!

(saliendo.) Señor?

SAR. Tomad. (escribe en un pergamino y se le dá al criado.) Con esta órden, los guardias que custodian al prisionero le conduciran hasta aquí. (vase el criado.) Dios mío, prestadme fuerzas para llevar á cabo el sacrificio que me impongo, salvando del cadalso, que merece, al hombre que ha sido causa de todos mis males... de la pérdida de mi honor, y de la de un hijo que lloro sin consuelo hace veinte años! Aquí está... Valor, corazón mío!

ESCENA XII.

SARMIENTO, TORANZOS.

TOR. Ya hace tiempo que ansiaba hablar con vos un instante á solas.

SAR. Igual es mi deseo, Toranzos; porque no habreis echado en olvido, que hace veinte años arrebatásteis torpemente á mi hermana el honor, y ha llegado la hora de cobrar yo esta deuda.

TOR. En buen hora, Sarmiento; no quiero negaros que yo seduje á Elvira en esa época; pero de qué modo pensais hacerme reparar esa falta?

SAR. Dentro de breves momentos vendrá un sacerdote, á quien he mandado llamar, y os unirá solemnemente á la infeliz que abandonasteis.

TOR. Y si yo me negase?

SAR. Oh, no lo hareis, porque vá en ello vuestra vida. Oid el partido que os propongo.

TOR. Hablad.

SAR. Despues de verificado este enlace, facilitaré vuestra fuga, para que la ignominia del cadalso que os espera por vuestro crimen, no recaiga sobre mi nombre, sin mancilla hasta aquí.

TOR. Pero yo no subiré al cadalso.

SAR. Es que acabo de escribir al monarca diciéndole, que os tengo en mi poder, y si entra en Toledo, su primer cuidado será castigar al que atentó á su vida alevosamente.

TOR. Muy bien! Pero vos ignorais, Sarmiento, que á pesar de hallarme aquí privado de mi libertad, soy dueño de dictaros á mi placer las condiciones que me plazca!

SAR. Qué quereis decir?

TOR. Que voy á exigir de vos nada mas que una cosa sencillísima... Que pongais vuestra rubrica al pie de estas líneas. (le enseña un pergamino.)

SAR. Y qué contienen?

TOR. Acercaos y leed. (se lo presenta, sin sollarlo.)

SAR. (leyendo en manos de Toranzos.) «Señor; próximo á espirar, mi conciencia me impele á confesar mis crímenes, para entregar mi alma purificada en manos del Eterno. La carta con que conseguí mi perdón hace veinte años, fue falsificada por mí, perdiendo con ella á un inocente; yo soy el verdadero regicida.» Qué audacia! Infame!.. Y osas proponerme que firme ese documento, estando bajo mi dominio, sin amparo ninguno?

TOR. Cuando me atrevo á haceros tal proposicion, ¿es porque tengo prevista vuestra resistencia, que haré cesar con una sola palabra.

SAR. Pero según ese pliego, atentais á mi vida, miserable?

TOR. Yo no; pero hay un hombre que por encargo mio os dará muerte antes de terminar el día; y el rey creerá que os habeis suicidado por desesperacion.

SAR. Qué horrible tramo! Pero no creais que nada me intimide, ni que consienta nunca en acusar me tan infamemente... Jamas firmaré! Y vos, antes de que la noche termine, estareis fuera de Toledo, para que el rey os dé un castigo ejemplar.

TOR. No será así, Sarmiento! Mis medidas están muy bien tomadas, y no podreis salvaros del lazo que os he tendido.

SAR. Cómo!

TOR. Oñdne bien! Vuestra hija, alejada de esta casa por un cómplice mio, está vigilada por él en un asilo oculto y seguro, que los dos solo sabemos; si antes de un cuarto de hora no voy á buscarle, tiene orden mia de darle muerte sin piedad.

SAR. Dios eterno!

TOR. Quanto mas prolongeis vuestra negativa, mas inevitable es el fin de vuestra hija.

SAR. Y quién hay en Toledo tan infame que haya aceptado tan cobarde mision?

TOR. Marcos Garcia.

SAR. Imposible! Mentis!

TOR. El es mi cómplice hace veinte años, y ha sabido con sutileza engañar vuestra credulidad.

SAR. Oh perfidia!

TOR. Vamos, firmad. Cada instante que pasa, acerca la muerte al corazon de esa niña, á quien vos adorais.

SAR. Pues bien, hombre execrable! reconoce en estos sucesos la providencia divina! Esa jóven que quierdes inmolat, no es hija mia... Tú mismo has decretado la muerte del inocente trito de tu culpable seducion!

TOR. En vano pensais alucinarme con tan absurdo engaño!.. Mi hijo le robé yo mismo, hace veinte años, de la gajaja en que estabais oculto cerca de Valladolid.

SAR. Gran Dios! Será posible!.. Y qué habeis hecho de él? (con ansiedad.)

SAR. Ha vivido desde entonces conmigo, y es el jóven que ayer reclamé como musulman!

SAR. (desesperado.) Ah! Desdichado! Ese jóven es mi hijo... mi Enrique! Y ha muerto esta mañana en la lid!

TOR. (con recelo.) Pero eso no puede ser cierto.

SAR. Si, miserable! Sol es hija tuya!

TOR. Ah! Yo no puedo creer...

ESCENA XIII.

SARMIENTO, TORANZOS, ELVIRA.

ELV. (que sale angustiada y ha oido las últimas palabras.) Una madre lo jura!

TOR. Elvira!

ELV. Una madre, que viene á implorarte desesperada. (á Sarmiento.)

SAR. Comprendo!.. Sol...

ELV. Ha desaparecido!.. Cuando iba á la prision de ese traidor, mis doncellas me lo anunciaron. No les di crédito... he corrido todo el palacio desolada, y su voz no ha contestado á la mia!

SAR. Monstruo! Gozad en vuestra obra!

TOR. La venganza de Dios me abruma! Yo propio he llevado á mi hija á la muerte... Dejadme! Dejadme salir á salvarla! Tal vez aun sea tiempo!

SAR. Vuestra infame traicion ha inmolado á dos inocentes... Corramos á librar al menos á esa desventurada!

ELV. Sabeis dónde se halla?

TOR. Si, yo lo sé; seguidme. (van á salir.)

VOCES. (dentro.) Mueran los traidores!.. Viva Sarmiento! (al oír estas voces se detienen aterrados.)

ELV. Qué tumulto!.. (las voces se acercan cada vez mas.)

TOR. Ah! Ya es tarde! (retrocediendo confundido.)

ESCENA XIV.

Los mismos, UN OBRERO, pueblo.

OBRE. Triunfamos!

SAR. Qué habeis hecho?

OBRE. Mi gente indignada, á quien en vano quise contener, viendo que no vuelve Coto á dar la respuesta de la mision que le confiasteis, ha puesto fuego á su casa. Mirad! (senala al balcon del foro, por el que se ven elevarse las llamas sobre una de las casas próximas, y se oyen voces y tumulto lejano. El obrero y el pueblo se agrupan á mirar por el balcon.)

SAR. Esas llamas!..

TOR. (con desesperacion.) Esas llamas devoran el cuerpo manchado de mi hija infortunada, conducida de mi orden á esa casa, para borrar el crimen con el fuego.

ELV. Que escucho! Sol!.. Mi hija?..

TOR. No existe!

ELV. Dios eterno!

SAR. Y ese tumulto?

TOR. Garcia lo ha promovido por mi causa!

ELV. Hija mia!

SAR. Oh desolacion!

ELV. Mi hija!.. Mi Sol!.. Muerta, Dios mio, muerta!.. (en la mayor consternacion.)

ESCENA XV.

Los mismos, SOL, FERNANDO.

FER. (trayendo gozoso á Sol de la mano.) No, vive aun!

SOL. Madre! (corriendo á sus brazos.)

ELV. Hija mia! (abrazándola con efusion.)

SAR. (á Sol, mirando á Fernando con cariño y ansiedad.) Y él nuevamente?..

SOL. El es otra vez mi salvador!

TOR. Y cómo?..

FER. Al pasar por la casa de Coto, oí la voz de Sol que pedia socorro; entro y la veo pugnando con un hombre, (á Sarmiento) que se decia vuestro amigo, que amenazaba su inocente pecho con un puñal. Le derribo sin aliento á mis pies, y la salvo, huyendo con ella por medio de las llamas!

ELV. Gracias, Dios mio!

TOR. Reconozco su providencia!

SAR. (á Fernando.) Ah! Bien revelas en tu valor y generosidad la sangre que circula en tus venas!.. (con el mayor regocijo.) El cielo me concede por fin la dicha de encontrarle!.. Enrique... hijo mio!.. Ven, ven á mis brazos!

FER. Cómo!.. Yo vuestro hijo!

TOR. No lo dudes... tú no eres musulman.

ELV. (con asombro.) Que oigo!

SOL. Hijo vuestro! (id.)

SAR. Mi hijo, si; ven... que yo te estreche sobre mi corazon.

FER. Ah! Padre! (arrojándose en sus brazos con ale-

Cuide usted no me haga mal...
Que estoy muy alto, vecino!
Bájese usted... ay! Que calma!!
Bájeme usted con presteza, (*vá bajando.*)
que se me vá la cabeza,
y he de romperme la crisma!
Ay! ay! ay! Ya me bajó!
que gigante, San Sempronio!
Si parecía un demonio!
Por poco no me estrelló!
Eh! mozo, venga una luz (*grita.*)
que no quiero estar á oscuras!
Todo me hago congeturas!
No viene? (*gritando*)

Gran relámpago y trueno espantoso.)

La santa Cruz!
me ampare y me favorezca!
Ya tenemos tempestad!
Si es esa la claridad
mejor quiero no amanezca!

VOZ DENTRO. Toma otras luces.

(Atraviesa un grán número de esqueletos con achones,
y los últimos llevan un féretro cubierto; esto debe verse
entre gasas.)

RUFO. Qué horror!

Quién ha muerto?

VOZ DENTRO. Lo sabrás;
sigue el entierro, y verás.
Sé tú el padrino.

RUFO. Mejor.
Pues ande luego el cortejo... (*se paran.*)
Prosigan, no se detenga...
A quién esperan que venga?...

Cruza el entierro; Rufo se queda el último, y al ir á entrar, le dice una voz terrible)

VOZ DENTRO. Aléjate.

RUFO. (*remedándole*) Ya me alejo.
No direis quien se murió?

VOZ. Uno de ambos combatientes.
Lidieron como valientes,
pero uno ya sucumbió.
Si el reloj de esta mansion
seis campanadas dá solo,
será que tu amo, con dolo
perdió la vida en la acción.
Si dá siete, tu esperanza
se cumple; será señal
de que tu dueño, inmortal
dió á padre y patria venganza
En cuyo caso, felices
tous cuatro vivereis;
sino es así, morireis
maldecidos é infelices.

(*Algarazara infernal.*)

Escucha; los condenados
se estremecen, ya el reloj
va á sonar.

RUFO. Ya escucho yo.

Hay momentos deseados;
no suena; voy por allí
á ver...

Al dirigirse á la izquierda, sale la pierna de un gigante,
y dándole una patada, que le hace retroceder, dice
la voz.)

VOZ DENTRO. Atrás.

RUFO. (*yendo por otro lado.*) Yo estoy loco!
Veré si en este...

VOZ DENTRO. Tampoco!

RUFO. Pues por el fondo.

(Voz dentro, al tiempo que baja del telar un brazo larguísimo que le suspende de los cabellos.)

VOZ DENTRO. Ay de ti!

RUFO. Eh! que me arrancas el pelo!

Uy! uy! uy! como me tira!

aja, já! Ya se retira...

No mas agonías, cielo!

En esa tremenda lucha,

quién venció?

VOZ DENTRO. Llegó la hora.

RUFO. Cuándo vá á sonar?

VOZ DENTRO. Ahora.

RUFO. Pues que sea pronto.

VOZ. E scucha...

(Un reloj fúnebre dá muy despacio seis campanadas.)

RUFO. Sudo y tiritó á la vez!

Oh! Dios, á quien idolatro...

A ver... una... dos... tres... cuatro...

yo tengo un nudo en la nuez!

Cinco... seis... tremendo instante!

Y se ha parado el reloj!

(*carcajadas infernales.*)

Nos hemos perdido!

FORT. DENTRO. (*dá otra campanada*) No,
mira mi poder triunfante.

(Gran mutacion del templo de la Fortuna, formado de columnas de varios tamaños. Estas columnas serán transparentes y móviles; la rueda de la fortuna al foro; debajo de ella un globo inmenso, al cual hace girar la rueda; sobre las columnas génius sosteniendo guirnaldas.)

ESCENA XXVII.

Dicho, la FORTUNA, DON JUAN, RUFA, ALMERINDA.

JUAN. Se logró nuestra ventura.

RUFA. Ven, Rufo, al pié del dosel.

ALMER. Siempre tuya!

RUFO. Ahí vá un lebre!

que guardará tu verdura.

FORT. Amantes, ya la amargura
dejó de asestar sus tiros;
mas es preciso advertiros
que solo en Dios confiéis,
pues mi templo, ya lo veis,
está siempre dando giros.
Don Juan, á tu padre anciano
vengaste, digno guerrero,
y venciste con tu acero
la soberbia del pagano;
la providencia su mano
tiende sobre vuestra sien,
pisad la senda del bien;
salid ninfas de ese caos;
bailad, y regocijaos,
pues estáis en un Eden.

(El globo se abre y aparecen en él las ninfas; estas bajan, bailan, y al hacer el grupo final, una luz celeste ilumina la escena. Se cierra el globo; las columnas giran al revés. los genios agitan los cuernos de la abundancia, y cae una corta, pero espesa lluvia de papel dorado, que debiera hacer un magnifico efecto con la luz azulada.)

CUADRO FINAL.

MADRID, 1861.

IMP. DE D. V. DE LALAMA, A CARGO DE PASCUAL CONESA.
Plaza de la Cebada, núm. 66.

